

# Brecha

AÑO 2    :-    ARTES    :-    JUNIO DE 1958    :-    LETRAS    :-    Nº 10

Secretario del Consejo de Redacción: Francisco Gamboa Guzmán — Teléf. 5640 - Apdo. 1157 - San José, Costa Rica

Edita: BRECHA Ltda. — ES EL ARTE EL QUE VENCE EL ESPACIO Y EL TIEMPO.—Rubén Darío — Precio: ₡ 1

## PEDRO RETANA

por Aquileo J. Echeverría

Esta concheringa la compuso Aquileo para un cumpleaños de doña Trina Trejos de Flores y fue representada por primera vez en la finca "La Pitaya" del Dr. Juan J. Flores.

La hija de doña Trina, Aurelia Flores de Trejos, que tenía un papel en dicha representación, sabiéndola de memoria la ha reconstruido para su publicación.



Aquileo J. Echeverría

Pedro. ¡Ave María Purísima!  
 ¿Que si está el señor Alcalde?  
 Ya m'he choyao las manos  
 y perdió el tiempo en balde.  
 ¿Tendré qu'estame aquí un siglo  
 sin que parezca ese diantres?  
 ¡Oh gente de los demonios!  
 ¿Pa qué sirven los alcaldes?  
 Pues pa rascase la pansa  
 y ganase un sueldo grande,  
 y desile a los que mandan  
 cuanto uno dise y cuantu'hase.  
 Yo creo que ayá en los infiernos  
 debe haber un perol grande  
 onde yerban a buen juego  
 los espías, los alcaldes,  
 las suegras, los usureros,  
 en fin, todos los tunantes  
 que friegan mucho a los probes  
 y adulan más a los grandes.

(Entra el alcalde)

Alcalde. Mil gracias, caballero.

Pedro. ¡Cielos, el señor Alcalde!  
 Aquí sí que me yevaron  
 dos mil legiones de diablos.

Alcalde. Escuché cuanto dijiste  
 y pudiera castigarte;  
 mas veo que tenés razón,  
 porque yo conosco alcaldes  
 que meresen por canayas  
 habitar en una cársel.  
 Unos, por interesados;  
 otros, porque son parsiales;  
 tres o cuatro por vivitos,  
 y dies mil por animales.  
 Por fortuna para mí,  
 ninguno puede tildarme;  
 obro siempre con desensia;  
 en fin, como debe obrarse.  
 La Justisia es mi bandera  
 y la Rasón mi estandarte,  
 y el lema que hay en mi escudo:  
 "Andar recto y adelante".  
 Ahora que sabés quién soy,  
 podés con franquesa hablarme.  
 ¿Qu'es lo que se te ofresía?

Pedro. Yo soy un hombre muy probe,  
 pero, sin alabansiamme,  
 a naide le pido un sinco  
 ni le quito nada a naide.  
 No soy flojo pa la pala  
 ni p'alsar hay quien m'iguale;  
 m'echo al hombro siete arrobas  
 y las yevo onde me manden.  
 P'andar con güeyes soy nones;  
 'ido al Puerto un chorro e viajes  
 sin pasiamme en la carreta  
 ni fregar los animales.  
 Feo disilo, pero es sierto  
 y la verdá debe hablase,  
 porque la verdá es plata  
 y la plata es lo que vale.

Alcalde. Bueno, ya estoy enterado;  
 ahora vamos adelante.  
 ¿Qu'es lo que se te ofresía?

Pedro. Yo vengo, señor Alcalde,

porque tengo una mujer  
 que ya no puede aguantase.  
 Somos sinco de familia:  
 tres chiquillos y dos grandes,  
 y tengo que trabajar  
 pa que nadita les falte.  
 Pero Chepa no me ayuda,  
 nadititica me hase;  
 ella no quiere moler;  
 ella no quiere fregase  
 en trer un brasao de leña  
 ni lavar siquiera un traste.  
 Va'l cafetal a dormir;  
 siempre, siempre en la calle:  
 ni me lava, ni me plancha,  
 ni me quiere a mí ni a naide.  
 Mis hijos paresen motos,  
 d'esos que no tienen madre.  
 Siempre andan susies, rompidos  
 y cubiertos de animales;  
 ya el pelo no se les ve  
 del lienrero y el piojambre,  
 y cada pata es asina  
 de niguas, que ni tamales.  
 Por supuesto, yo me aburro  
 y un día tenré que pegale,  
 y pa evitar el escándalo  
 es pa lo que vengo hablale.  
 Mándela trer y me le habla  
 y tal ves con eso cambie.

(Entra Chepa)

Chepa.

Aquí estoy ende hase rato;  
 no es nesario yamame.  
 Todo lo que Pedro ha dicho  
 no es verdá, señor Alcalde.  
 Aquí tiene usté a mis hijos,  
 a quien puede preguntales  
 si trabajo como un macho  
 de la mañana a la tarde.  
 Si a mí me ven en vestitas,  
 si a mí me ven en la calle,  
 o con los brazos crusaos  
 o platicando con alguien.  
 Siempre pegada a la piedra  
 o serca al jugón asando,  
 o tolonguiando muchachos,  
 o barriendo, o remendando.  
 Y yo d'eso no me quejo.  
 ¿Y con qué boca quejame?  
 Si aquí cuand'uno se casa  
 ya sabe qu'es pa fregase.  
 Yo no era una muchachita  
 cuando resolví casame  
 y bastante me dijieron:  
 no te cases..., no te cases...,  
 pero yo metí cabeza  
 hasta qu'hice el disparate;  
 porque siempre las mujeres  
 hemos de ser animales,  
 con perdón de su mersé  
 y los demás sircunstantes.  
 Yo llevaría con pasensia,  
 mis trabajos, mis afanes,  
 con tal que acá trabajara  
 y no llegara tan tarde;  
 si tratara a mis hijitos  
 como un verdadero padre,  
 n'olvidando que son parte  
 de su güeso y de su carne.

(Los Chiquillos)

a) Sí, que no nos matratará.  
 b) Eso, que no nos maltrate.

- c) Mire como tengo estí' ojo.  
 a) Y yo aquí dos cardenales.  
 b) A mi me dió una patada.  
 c) A mi me apretó el gasnate.  
 a) A mi me arrancó dos muelas  
 de un bofetón la otra tarde.  
 b) Siempre nos tré al rempujón.  
 c) Tratándonos de animales.  
 a) A mí me yama sompopo.  
 b) Y a mí cara de petate.

Chepa. Soy muy desgraciada... mucho.

Los hijos. No yorés, no yorés, mama.

Pedro. Mentira, señor alcalde.

Alcalde. Caya al punto miserable;  
 tan sólo me basta ver  
 ese cuadro y comprender  
 que eres el malo, el culpable.  
 ¿No ves? Los hijos consuelan  
 a la pobrecita madre  
 porque ella es buena, y vos  
 sos para ellos un infame.  
 Con que debes enmendarte  
 y pensar en el futuro  
 y recordar que eres padre.

Dirigiéndose  
 a Chepa.

Yo velaré por ustedes.  
 Haré que Pedro trabaje  
 y que gaste en atenderlos  
 todo, todo lo que gane.

Chepa. Dios se lo pague, señor:  
 será un servicio muy grande;  
 si usted hisiera ese milagro,  
 no tendría con qué pagalo.

#### SEGUNDO CUADRO

(Viene Pedro regenerado, como un gamonal, con su familia)

Sirviente. Parese ser hombre rico  
 quien busca al señor alcalde;  
 qué guapos son los chiquiyos

y qué elegante la madre.  
 Entren y tomen asiento;  
 ya le avisé y al instante  
 me dijo que yegaría.  
 Con que siéntensen y aguarden.

Alcalde,  
 entrando.

¿En qué les puedo servir?

Todos.

Buenos días, señor alcalde.

Alcalde.

Buenos los tengan ustedes.

Pedro.

Yo venía, señor alcalde...  
 Ya usted sabe, pos a trele  
 este regaliyo, tome;  
 también a manifestale  
 cuánto, cuánto le agradezco  
 lo que no podré pagale.  
 Pronto tuve casa y güeyes,  
 y nunca volvió a faltales  
 ni pan a mis probes hijos,  
 ni techo donde abrigales.  
 Ahora hase un mes quiso el cielo  
 tal ves pa recompensame,  
 haceme el nuevo presente  
 de un hijo. Vengo a rogale...

Los chiquillos.

Muy sensillo;  
 que nos sirva de compadre.

Alcalde.

Con mucho gusto.  
 Nada hay más beyo en la vida,  
 ni nada que tanto halague,  
 como tener la fortuna  
 de obrar como Dios nos manda.  
 Ser bueno es siempre muy bueno,  
 mas ser malo y enmendarse  
 es obra más meritoria  
 y por lo tanto, más vale.  
 Del bienestar de que gosas  
 bien podés vanagloriarte;  
 lo has ganado puño a puño;  
 muy bien Pedro, así se hace.  
 Con el sudor de tu frente  
 la tierra fértil regaste  
 y el cielo dió recompensa  
 a tus trabajos y afanes.

# LIBRERIA ANTONIO LEHMANN

en su DEPARTAMENTO ESPECIALIZADO

ofrece:

LIBROS DE CIENCIAS

— ARTES — NOVELAS

RELIGIOSOS y de MUSICA

PIDA NUESTRAS LISTAS Y FOLLETOS.

# Del Socialismo Utópico al Socialismo Romántico

por Enrique Benavides Chaverri

"Nuestra meta es la reconstrucción total del hombre".—Trotsky.

Hasta Carlos Marx y Federico Engels, puede decirse, las ideas que enjuician el régimen capitalista y someten sus fundamentos a una crítica severa y apasionada, no tienen la pretensión de estar apoyadas en conclusiones sociológicas o históricas de rango estrictamente científico. Por más que en ellas se advierte un análisis sagaz y más o menos objetivo de las condiciones económicas de la época, y que, en mayor o menor medida, se exponen en nombre de una determinada postura filosófica, no se ofrecen como un sistema de verdades cuyas previsiones tengan que cumplirse fatalmente.

El socialismo predicado por Saint-Simón, por Fourier y por Owen —para no citar sino los que mayor influencia tuvieron en el pensamiento marxista— es un socialismo reformista, que reprueba y condena la injusticia social y que formula un programa de reformas sustanciales al régimen de propiedad inspirado en principios filosóficos, éticos o jurídicos. Su rasgo general es, pues, el de ser una crítica fundamentalmente humanitaria, alentada por la exigencia moral de un orden económico más justo y racional.

Puede afirmarse que el socialismo que domina toda la primera mitad del siglo pasado, es de este tipo. Es el socialismo que los marxistas llaman, despectivamente, **utópico** no obstante el valor que le reconocen como precursor del "socialismo científico".

Desde otro ambiente intelectual y con distinta formación filosófica, Marx y Engels hacen su ingreso en esta cruzada humanitaria, pero con un nuevo espíritu, con una nueva actitud. Desde el primer momento se imponen la tarea, que juzgan impostergable, de superar esa primera fase del socialismo, oponiendo

a su "ingenuidad" una concepción más vasta, más radical y más realista. Ante todo, consideran necesario despojar a la ideología anticapitalista de su justificación ética o jurídica. La sociedad ideal a que todos aspiran aunque por distintos caminos, no podría ser alcanzada nunca partiendo de un idealismo bien intencionado que confía a la fuerza persuasiva de la razón moral o filosófica la reconstrucción del mundo. Y es así como, mediante la vinculación del voluntarismo de Feuerbach y del humanismo de la izquierda hegeliana con el historicismo de Hegel, Marx sostendrá que la crítica del capitalismo debe ser desplazada del debate puramente teórico a la acción dirigida y orientada por el conocimiento pleno de las leyes del devenir histórico en general y del desarrollo del sistema capitalista en particular. El socialismo debía ser presentado no sólo como éticamente deseable, sino también y primordialmente, como científicamente necesario. Con este propósito es que se da a la tarea de descubrir esas leyes y de elaborar una nueva ciencia, en cuyos peregrinos postulados creará ver la desaparición de todos los enigmas y secretos de la naturaleza y de la historia.

En este explosivo principio que mira en el binomio "teoría" y "acción" dos términos inseparables cuya legítima validez sólo puede darse mediante su estrecha vinculación, o dicho con otras palabras, que concibe esa ecuación como una sola realidad, reside a nuestro juicio la esencia, el núcleo, de la filosofía marxista. Hasta tal punto es esto medular, que se le encuentra en la posición epistemológica de Marx, para quien la posibilidad del conocimiento verdadero radica en la acción del **sujeto** sobre el **objeto**, y no en la contemplación pa-

siva de éste por aquél. Trataremos de volver sobre este tema, pues ofrece variadísimas cuestiones que la generalidad de los ortodoxos comunistas ni siquiera sospechan, particularmente en lo que se refiere a las distintas posiciones que frente al problema citado adoptan Marx y Engels. Por ahora sólo queremos dejar constancia de que no obstante la obesidad de la obra literaria de ambos, todas sus concepciones confluyen, en último término, a forjar el objetivo básico de sus desvelos científicos: una teoría de la revolución social.

El proceso en virtud del cual Marx y Engels llegan a la elaboración definitiva de su doctrina, tiene como punto de partida o premisa mayor, la filosofía idealista alemana. En todas sus concepciones se deja sentir, como un impulso oculto, ese afán de un sistema que abarque el contenido entero de la vida; esa aspiración a la totalidad del ser; ese empeño en la sistematización, que constituyen los rasgos generales de todo el pensamiento germánico desde Fichte a Hegel y que por ello mismo se le llama "filosofía romántica alemana".

Formados ambos en la escuela de Hegel y hondamente influidos por la lógica y la filosofía de la historia de éste, no logran rebasar ese sistema de pensamiento, aun cuando muy pronto renieguen de los postulados metafísicos del maestro. Como la filosofía hegeliana el marxismo es —para emplear una expresión del profesor Karl R. Popper— **oracular**, en el sentido de que anuncia la inminencia de una nueva fase histórica en que todas las contradicciones y padecimientos de esta vida quedarán cancelados o superados. Sólo que, en los teóricos del socialismo científico la meta no es como en Hegel, la abstracta y especulativa rea-

lización de la idea absoluta, sino la terrena y concreta sociedad sin clases. Esta herencia romántica matizará todas las ideas y todos los afanes de sus paralelas existencias y les conducirá a hacer del proletariado —ese heredero de la filosofía clásica alemana como decía Engels— la "clase elegida" del mismo modo que el pueblo de Israel lo fue de Jehová—.

De ahí la forzosidad de ver en el marxismo, en el socialismo científico, en el comunismo —como quiera decirse— el último producto del pensamiento especulativo germánico. Conclusión esta tanto más imperativa cuanto que el mismo Engels se encargará de subrayar, con sincera reiteración, que el comunismo sólo pudo surgir en Alemania porque únicamente en este país la filosofía había mantenido viva "la tradición de la dialéctica". Precisamente armados de este instrumento especulativo, que usan como verdad "a priori", es que Marx y Engels se entregarán a la histórica faena de descubrir las leyes de la historia y de la economía capitalista.

Sin duda, el cuadro que ofrece el capitalismo a mediados del siglo XIX, proporciona el mejor terreno para justificar una concepción según la cual todo movimiento evolutivo se cumple gracias a la dinámica propia de los contrastes, de las contradicciones, de los conflictos internos. Pareja observación encontramos en Werner Sombart, en el prólogo de su obra "El apogeo del Capitalismo", cuando al señalar las condiciones de tiempo y circunstancias en que Marx construye su teoría, dice: "Entonces era el capitalismo todavía un caos, un desorden salvaje del que no podría decirse aún con certeza lo que podría resultar. El que llegaba a él con la idea conductora del desarrollo evolutivo —y esta era precisamente la luz que Marx traía— podía determinar su devenir, pudiera decirse, de acuerdo con lo que mejor le parecía. Podía ver surgir de él las cosas más grandiosas, podía poblar el caos de un mundo de maravillas, considerar que era el capitalismo la organización precursora de una sociedad mejor, ideal. Y esto precisamente es lo que hizo Marx.

# Algo sobre Literatura Infantil

por Alfonso Ulloa Zamora

(Trabajo leído por su autor, en la Sociedad Teosófica)

Señoras y señores: estas cuartillas que comienzo a leer, aunque han sido anunciadas bajo el título de Conferencia, yo, su autor, no deseo que como tal sean oídas, pues distan años luz de eso tan intelectualizado que suelen ser las conferencias. Prefiero mejor se las escuche con un ánimo distinto al exigido siempre en estos actos. Con un ánimo más próximo al corazón que a la inteligencia. No es que temeroso quiera, como se dice, curarme en salud. Únicamente, si ruego esa actitud en ustedes, es por el hecho de pensarla la única posible para escuchar algo sobre literatura infantil, tal el

título dado a estas líneas mías, el cual, probablemente por esas equivocaciones que nunca faltan, fue anunciado distinto en los periódicos. Quiero sí dar una explicación por venir a leer y no a hablar, como se estilaba en estos actos. Para hacerlo así tengo dos razones: la primera, que jamás he logrado expresarme con ese gracejo improvisado tan estimado y tan estimable en circunstancias como la presente. La segunda, se debe al hecho de creer norma muy conveniente pensar bien lo que se va a decir y, para realizar esto, el único camino posible es la escritura.

La Literatura Infantil ha

despertado siempre mucha controversia. Se ha discutido y opinado hasta la saciedad sobre ella. Por ejemplo, si deben considerarse legítimas páginas de literatura infantil ciertas composiciones, las cuales, a juicio de algunos, carecen de la belleza y de la claridad necesarias para ser asimiladas por la inteligencia o por la emoción, apenas en flor, de los niños. El asunto adquiere un giro más complicado en cuanto a poesía infantil se refiere. Más de una vez se han escuchado manifestaciones hechas en tono burlón, recalcando lo absurdo de llamar, o de catalogar dentro de la literatura infantil,

ciertas composiciones que, según lo confiesan los manifestantes, ni ellos mismos comprenden ni llegarán nunca a comprender.

Dicen esas gentes:

—Mire usted, cómo va a gustar o a entender esto un chiquillo? y a seguido le leen a uno algo que se les antoja oscuro y disparatado. Ignoran estas buenas personas que el escritor, el poeta, en el acto de crear cualquier forma de literatura infantil, no se da cuenta cabal de la flor inmarcesible que con su emoción modela. Vuelto a la realidad, probablemente no alcance nunca a entender la verdad admirable de su propia creación.

Decía Rilke: "La niñez es la verdadera patria de la poesía". Esto se nos antoja algo tan cierto como un árbol o como un mar. Ahora, como el poeta precisamente lo es, por no poderse alejar mucho de esa patria, nos encontramos con el milagro de ser la verdadera Literatura Infantil obra siempre escrita por niños. Pueden éstos tener cuarenta, sesenta u ochenta años.

Para él el capitalismo era el material deseado que debía servir para edificar el mundo del porvenir".

De ese modo, con el bisturí de la dialéctica, Marx abre el vientre de la sociedad burguesa y extrae de él los secretos gérmenes de su propia destrucción.

Contrariamente a los utopistas, que adoptaban una actitud negativa ante los males del capitalismo, Marx y Engels —siguiendo en ello el modo de pensar hegeliano— miran en esos males una función histórica y útil a la dinámica progresiva de la historia. El capitalismo no es para ellos sino la última fase histórica de la lucha de clases, en la que las contradicciones internas de la sociedad se simplifican y por tanto se agudizan en dos clases, —los capitalistas y el proletariado—. Al resolverse ese antagonismo dialéctico mediante la "negación" de la clase capitalista por la clase obrera, ésta desaparece a su vez, es decir, "se niega", de donde surge la "negación de la negación", o sea la síntesis ideal de la sociedad sin

clases.

A la luz o a la penumbra —esto lo veremos— de este esquema lógico, es que el marxismo explica o al menos plantea todo problema histórico o sociológico. Tal es la óptica filosófica con que Marx va a iniciar, en los austeros salones del Museo Británico, sus estudios e investigaciones económicas. El genio de Marx —que hoy día nadie discute— aportó valiosísimas sugerencias tanto a la ciencia económica como a la sociología. En cuanto a ésta última es necesario destacar su contribución a la teoría del "fundamento existencial" de toda ideología y que ha dado origen a una nueva disciplina conocida como "sociología del conocimiento". Pero sus penetrantes análisis se mantuvieron siempre tutelados por sus inquietudes humanas, por sus sueños de justicia social, por su esperanza y deseo de un mundo de igualdad y de libertad, donde el hombre pueda ser dueño de su propio destino. La genialidad de este hombre, de pasta profética, no es otra, pues, que la de ha-

ber cubierto ese recóndito idealismo humanista con el ropaje sobrio de una filosofía y con la autoridad sacramental de una ciencia incontestable.

Nos dice Hoffding en su "Historia de la Filosofía Moderna" que la filosofía romántica alemana puede considerarse como una reacción a la filosofía crítica de Kant y la lógica de Hegel como la respuesta más decidida a la "crítica de la razón pura", al tratar de resolver el problema que Kant consideró insoluble: fundar el conocimiento de la existencia por el camino del pensamiento.

Análogamente, pero dentro de otra zona del quehacer humano, podría decirse que el marxismo constituye la reacción —también romántica— a la crítica utopista del capitalismo y la respuesta a lo que ésta consideró imposible: hallar la nueva sociedad por el camino del propio capitalismo.

Tanto más romántica aparece hoy día esa respuesta, cuanto que, como luego vere-

mos, por el camino del capitalismo no ha sucedido nada. Mejor dicho: en las áreas donde el capitalismo ha florecido, se ha desarrollado y ha envejecido, no hemos visto germinar la semilla de la revolución social. O puestamente, la existencia de los últimos cuarenta años nos ofrece la sorprendente realidad de que el comunismo marxista ha pasado a ser el arma ideológica de los países atrasados, pre-capitalistas o semi-capitalistas, que los economistas llaman sub-desarrollados. Pero este es otro capítulo; prometemos abordarlo oportunamente, si la hospitalidad de BRECHA no se nos termina. Sin embargo, antes de referirnos a las "encíclicas" "leninistas", "stalinistas", "kruschevistas", y "...", mediante las cuales ha sido sometido el marxismo a continuas y dolorosas "prótesis", según las nuevas e imprevistas situaciones históricas, nos ocuparemos, en la forma breve que permite este modesto ensayo, de dos temas: la dialéctica marxista y el materialismo histórico.

Usar largas barbas, ayudarse de bastones para caminar. Nada de eso tiene importancia para el caso. Siempre serán niños. Así las cosas, debemos entender que sólo el niño tiene capacidad para dar sello de validez a cualquier forma de literatura infantil. Pero, cómo hace el niño para pronunciarse al respecto, para emitir el juicio? Pues tranquilamente robándose para él, la propia obra, recreándola en su imaginación e incluso, hasta modificándola. Oigan una historia: hace casi tres siglos vivía en Inglaterra un hombre de corazón generoso, aunque tal vez, de pésimo carácter. Este hombre de todo dudaba, menos de ser un señor escritor. Pero un escritor de libros trascendentes, seriesísimos, de esos apenas buenos para lectores eruditos, solitarios, con grandes barbas y grandes preocupaciones. Tal carácter lo llevó a fijarse tanto en lo malo de la sociedad de su tiempo, que decidió escribir contra ella la más furiosa de las sátiras. La criticó en su moral, en su política, en su ambición desmedida. Terminado el trabajo, se sintió satisfecho. Creía con él, haber cumplido a cabalidad el deber de denunciar los grandes males de su tiempo. No podemos imaginarnos una actitud más seria, más terriblemente adulta que ésta. Sin embargo, aquella sátira tuvo un destino que su autor jamás llegó a prever. ¿Y por qué? Porque los niños se la robaron, la hicieron suya, la adivinaron en toda la plenitud de su verdad, una verdad muy distinta a la que su autor creyó. Una verdad, por frágil, imperecedera como el reflejo del océano o como la rosa azul del viento.

Nosotros mismos si decimos hoy VIAJES DE GULLIVER, las tres palabras se nos hacen en los labios un mágico abracadabra que nos limpia los ojos y el corazón de la perezosa arena dejada por el tiempo, nos sentimos más leves y comenzamos a ascender hasta nuestra infancia. A ascender, porque todo regreso a la infancia implica siempre una ascensión. Pues bien, algo similar le aconteció a este buen señor que se llamaba Jonatán Swift. Pese a su mal carácter, pese a la seriedad que lo llevó has-

ta hacerse sacerdote (no podemos imaginarnos nada más serio) no pudo evitar que ese niño que nunca abandona al hombre del todo, le ocupara el corazón, el pensamiento y hasta la mano al tomar la pluma para escribir Los Viajes de Gulliver. Es cierto que los adultos hemos usufructuado su libro. Que cuando refiriéndonos a ciertos políticos decimos: "que hacen malabarrismos para conservar su posición", o "que se la han pasado bailando en la cuerda floja", estamos usando la modalidad de crítica y hasta las propias frases inventadas por Jonatán Swift. Pero la mar de las veces no nos damos cuenta de esto o ni siquiera sabemos el origen de tales conceptos. Sin embargo, el diminuto país de Liliput, con sus enanitos graciosos e intranscendentes, jamás lo podremos olvidar, jamás se nos irá de nuestro entendimiento, porque esa es la verdad, la **verdad verdadera** del libro de Swift. Esa verdad que el niño que todos hemos sido nos dejó amarrada en el corazón para siempre. Y el niño que de vez en cuando volvemos a ser, lo primero que hace a cada regreso es vigilar si el nudo sigue bien hecho.

Cuando nos entregamos a la lectura de una pieza literaria infantil es necesario desprendernos de nuestra condición de adultos, es imprescindible darle ocasión a ese niño para que sea él quien verifique la lectura por nosotros. De otro modo nunca podremos gustar ni entender a plenitud lo leído. Esta sustitución paradójica se realiza siempre sin que nos demos cuenta. Lo más curioso es que aún en la lectura de libros que nada, o casi nada podríamos decir, tienen de infantiles, nuestro pequeño y personal invasor, sabe Dios por qué misterioso requerimiento, asiste presto para ayudarnos a captar mejor la belleza y la poesía de las partes que juzga él de su incumbencia, y nos las deja grabadas para siempre en nuestro espíritu.

Todos hemos leído alguna vez, o algunas veces, El Antiguo Testamento. Esa lectura, o lecturas, nos debe haber proporcionado la visión general de una serie de sucesos ocurridos al pueblo hebreo:

éxodos, muertes, cautiverios, imágenes de profetas duros y terribles; ya lo dijo alguien alguna vez: "La Biblia, sólo corderos y sangre". Pues bien, de todo ese maremagnum vertiginoso, algunos personajes se han salvado para siempre en nuestro corazón, permaneciendo en él, precisos y diáfanos. Veamos por ejemplo, la figura de David. Quién no podría hoy contar la historia de David? Es que precisamente en esa historia el Libro de Samuel se nos transforma en cuento lleno de belleza y de poesía, en la aventura de un pastorcillo contra un gigante. Verdaderamente David y Goliath son los precursores de todos los Pulgarcitos y de todos los Ogros que arribaron después a la Literatura Infantil. Si guardamos siempre sus imágenes tan definidas y tan claras, fue porque la primera vez, al llegar en nuestra lectura a esa narración, ese niño que jamás nos abandona ocupó nuestro lugar y leyó por nosotros. Ahí comenzaba el milagro, la magia, mejor dicho, la poesía, pues ahí nuestro pequeño tenía que entrar en funciones. Mejor que nadie sabía él, que sólo mediante su intervención, podríamos nosotros gustar, comprender y captar a plenitud lo bello de esa historia. Porque, seamos sinceros, podemos nosotros comprender, lo que se llama comprender, algo igual a creer o a amar, la historia de un niño y de un gigante? Imaginémonos que en medio de la calle detuviéramos a un transeunte y le espetáramos esta pregunta:

—Díganos, buen hombre, cree usted firmemente que Pulgarcito venció al Ogro? Con toda seguridad nadie, pero nadie, nos salvaría de una acusación por hacer malos chistes.

Pero si al detener a ese mismo sujeto le dijésemos:

—Oiga, buen hombre, tenemos una duda y quizá pueda usted aclarárnosla; conténtenos pero sinceramente: Cree usted en la historia de David y de Goliath? Cree de verdad que ese pastorcillo llegó a ser Rey? Es muy probable que con toda naturalidad nos contestaría afirmativamente. Y lo haría así porque a él, alguna vez un chico le dejó esa historia colgada en el cora-

zón. Pero vemos lo paradójico, si creemos lo más, por lógica tenemos que creer lo menos. Siendo así nos damos cuenta que este supuesto señor que yo he traído a cuento, nos engañó como a unos pollinos cuando lo interrogamos por primera vez. Claro que él creía en el Ogro y en Pulgarcito, pero como le hicimos la pregunta en medio de la calle, cuando el pobre quizá iba muy apurado a su trabajo, pues le dio su poquillo de vergüenza, le tapó la boca al niño que por él iba a respondernos y terminó por acusarnos de hacer malos chistes. Bueno, despedamos ahora a este buen señor anónimo y sigamos con nuestro asunto.

Generalmente se adopta ante la Literatura Infantil una actitud medrosa, como si se temiera pasar por pueril o poco serio con su lectura.

Dicen muchos:

—No malgasto mi tiempo leyendo esas simplezas. Mi gusto literario requiere obras en tono mayor, obras de arranque y vuelo. Los que así se expresan no le hacen gran favor a sus inteligencias, mucho menos a sus sentimientos. Arranque y vuelo lo pueden tener los "sputniks", pero lo tienen también las mariposas. Y vaya a saber Dios que será más bello y más difícil, si dar vueltas alrededor de la tierra, o dar vueltas alrededor de una flor. Cada uno de ustedes contéstese esa pregunta en su corazón y no me digan las respuestas porque las sé.

Hay que pensar con claridad en todas estas cosas relativas a la Literatura Infantil. Pensar con claridad es igual a pensar con valentía. Hoy más que nunca el mundo necesita una revaloración de lo sencillo y de lo puro. Un volver a creer, o un creer mejor en lo bueno, mágico y sorprendente. A Juan Ramón Jiménez le hicieron una vez la siguiente pregunta:

—Cree usted en las sirenas?

Semejante pregunta formulada nada menos que a Juan Ramón Jiménez, significaba todo un desafío a la poesía, a la verdad. Seguro hasta Platero debió, en aquel instante, detener su trotecillo por los prados de su cielo, estirar sus orejotas más que nunca, y augurar con ansiedad la contes-

tación de su amigo. El poeta dándose cuenta de todo esto respondió con valentía:

—Claro que creo en las sirenas. Si hasta las vi, y agregó con una sonrisa: las vi que se acaban de hundir.

Responder así es defender con valentía y a cabalidad la belleza, la poesía, los dos bienes mejores de nuestra vida y de la vida de nuestro prójimo. Cuando nos requieran pronunciarnos sobre alguna verdad de esas que por claras cuesta verlas, debemos llenarnos el corazón de esa difícil valentía para que nuestra respuesta lleve esa buena verdad, esa buena verdad que por estética es la más alta y clara de todas las verdades.

Pensemos que la religión que profesan en Occidente, religión responsable de una cultura, de una civilización, de una filosofía, comienza a exponernos su verdad con la mejor página de Literatura Infantil que se ha escrito. Hay en esa página todos los elementos poéticos necesarios para catalogarla como tal:

pastorcillos, estrellas, magos que cruzan desiertos. Todo lo que se narra en esa página acontece a la orilla de la luna, del cantar, de la alegría. Es la aventura buena del oro, la mirra y el incienso en busca de un Niño que siendo Rey duerme sobre una cuna de paja; en fin, es una historia que si la contáramos como contamos los cuentos, podríamos comenzarla de esta manera:

—Había una vez, en Belén, un pequeño pesebre... Y estamos seguros de que si alguno de los Evangelistas nos pudiera oír, no se sentiría disgustado. A lo mejor sonreiría.

Me dispongo terminar esta lectura. Ahora quizá comprendan mejor por que al principio de ella pedí que se la oyera más con el corazón que con la inteligencia. Estoy inmensamente agradecido con ustedes por haber escuchado con paciencia decir cosas de Pulgarcito, de estrellas, de gigantes, de magos que cruzan desiertos y de Belenes. Es que es imposible, señores, pensar

otras cosas cuando tratamos temas de literatura infantil. Quiero sí, llamar la atención, para decirles que toda esa magia grande por lo bondadosa, se encuentra hoy bastante olvidada. Es urgente devolver a las almas de nuestros niños y a las almas de nosotros mismos, ese inmenso tesoro que yace tan olvidado, en los anaqueles de las bibliotecas. Saquemos del anonimato injusto en que tenemos a esos grandes amigos de la humanidad: los hermanos Grim, Perrault, Collodi, Hans Christian Andersen. Sobre todo, seamos un poco más patriotas, otro modo de mejorar nuestra condición humana. Recordémosle a nuestros niños y recordémonos a nosotros mismos la existencia de un simpatísimo Tío Conejo, salido de la pluma mágica de Carmen Lira. Que Mulita Mayor, tan graciosa aquí en Costa Rica como lo es Platero allá en Moguer, es el mejor regalo que Carlos Luis Sáenz le ha dado a la literatura nacional. Que en las inmediaciones de Heredia, donde el río Pirro

tiene un puentecito, a un niño le pasaron una serie de aventuras maravillosas cuyo relato se halla en un libro sorprendente, Caña Brava, de Luis Dobles Segreda. Si realizáramos eso puede que hasta se vuelvan a oír en los patios de nuestras casas y en los parques de nuestras ciudades aquellas rondas hace tanto tiempo calladas, aquel "Ambo, ambo..." y aquel "Vamos a la huerta del toro torongil...". Sería bueno oír las otras veces enmarcadas en sus melodías sencillas, que tienen la virtud de purificar el aire, de llenar de sol caliente y noble el corazón del niño y el corazón de nosotros mismos. Que tienen la virtud de borrar la tristeza del mundo, de este mundo nuestro de hoy, que ya ha perforado la rosa del viento y se dispone llegar hasta las estrellas, olvidándose como un loco, que las estrellas siempre bajan hasta nosotros para guiarnos, como lo hizo aquella, la más pura y brillante de todas, con los apacibles y buenos Reyes Magos, en la primera noche de nuestra era.



## PILSEN

# SABROSA ES POCO!



Para su optimismo... para su placer disfrute de PILSEN la cerveza delicada de sabor inconfundible que demuestra la exactitud y el balance de fabricación.

Disfrute Ud. también de ratos inolvidables de placer, placer de saborear, placer de tomar PILSEN... la cerveza que alegra dos veces.



# Mis Dos Santos

por Alfredo Cardona Peña

El primero, aquel que me ha deparado los mayores asombros, es San Pablo. Se dio el lujo de conversar con un incendio, ni más ni menos. Los filósofos del derecho no deben olvidar que San Pablo descubrió el "alma de la ley". La observación es de Hugo, quien dice: "Lo que él llamaba gracia desde el punto de vista celeste, lo llamamos nosotros, desde el punto de vista terrestre, derecho". San Pablo es la primera víctima de la gracia combativa, esa que cae como un rayo y nos queda para siempre.

Cuando un hombre abandona todo y transforma su conducta por seguir un ideal, está siguiendo los pasos del sarto. José Martí, mártir de la libertad, fue paulino "de hueso colorado". A Martí se le apareció la Patria y le dijo las mismas o parecidas palabras que se oyeron en el camino de Damasco: "José, José, por qué no me defiendes?"

¿Cuál es la causa de que los más grandes novelistas —los rusos— utilicen para mayor elegancia de sus obras, algún pensamiento de San Pablo como epígrafe? Pues sencillamente por que el varón de Tarsia les dijo: "Dios a menudo entristece a quien ama". San Pablo es el agente secreto que comunica a los novelistas del pueblo las frases más explosivas y terribles. Aquel narrador que al frente de una de sus creaciones ponga un epígrafe con frases candentes de Pablo, tendrá asegurado el éxito de su libro. Porque las citas de San Pablo son como oráculos delfícos de los textos, como los coros de los pensamientos humanos.

Es el poeta de la intensidad desnuda y sin mácula, el defensor de los expatriados. Oid: "No olvidéis la

hospitalidad, porque por ella algunos, sin saberlo, hospedaron ángeles". Estas eran sus imágenes revestidas de intención, sus lirios ardiendo.

Pero llegada la ocasión no se andaba por las ramas. A los gálatas les lanza en la cara esta verdad tremenda: "Dios no acepta apariencia de hombre".

San Pablo elogia la locura, el "rapto", porque él, de cuerdo que era, se vuelve furioso de amor. No hay parlamento casi, en todas sus epístolas, en donde no hable de este don divino de la locura. Llega al extremo de afirmar que "Dios ha enloquecido la sabiduría del mundo", y que "lo loco de Dios es más sabio que todos los hombres". Para él la sabiduría "es carnal", es decir, maliciosa y finita. Otras veces suplica que le perdonen su locura, que le toleren con ella, "porque si loqueo es para Dios, y si estoy en seso es para vosotros".

Debe haber sido un espectáculo imponente ver a aquel hombre revestido con el poder taumaturgo de la palabra, hablando en la noche a la luz de las antorchas ante grupos de escogidos o aglomeraciones de curiosos.

Era, según el Estado, el pedagogo, el demagogo y el político más peligroso. En nuestros días sería el "agitador". Tan atrevido que los Concilios no permitieron la difusión de algunas de sus epístolas, y las condenaron.

San Pablo fue el primer intelectual, o como diríamos ahora, el primer "líder laborista" de la Iglesia. El abrió a empujones la puerta de Occidente, y sólo se detuvo ante el Asia. Nada o casi nada nos dicen los escoliastas de esta abstención de Pablo para ir a

comunicar sus nuevas al Oriente. "Le fue prohibido por el espíritu hablar la palabra en Asia", dicen únicamente **Los hechos** (16-6).

Beda, autor de la **Historia eclesiástica inglesa**, fue de opinión que se le negó el privilegio de predicar en Asia porque allí no entenderían sus palabras, opinión que ciertamente no dice nada; y Próspero afirma que "la gracia no le fue negada, sino diferida por causa que no sabemos". Esta observación la encontramos en el libro más hermoso que se haya escrito sobre San Pablo, debido a la pluma del más grande escritor funcional de la España de oro: Francisco de Quevedo. El cual, comentando este oscuro incidente, da a los teólogos cátedra de elegancia y discreción. Dice Quevedo que Pablo no fue al Asia porque "en muchas partes es provechosa el agua que falta, y en otras de daño la que sobra". Dando a entender que en Asia había abundantes ríos espirituales, por ser la cuna de la filosofía del ser, privilegio que no se observaba en otras regiones del mundo antiguo, sumidas en la barbarie.

A San Pablo debe el mundo occidental la primera actitud "entusiasta" en materia religiosa, y además el triunfo de sus ideas fundamentales.

Aparte de que se puede ser liberal, en el más completo sentido de la palabra, y gustar y aun fecundar los manantiales propios con la lectura de sus epístolas. Más le han entendido, y más provecho han sacado de él los escritores no religiosos, que se oponen a lo oficial y dogmático de las convicciones, que los adeptos a la letra y al rito, a lo sedentario de la imposición tradicionalista.

Se encontraban en Francia aquellos españoles expulsados por la dictadura de Primo de Rivera, y se reunían por las noches a jugar naipes y a cambiar impresiones. Había escritores eminentes entre ellos, como don Miguel de Unamuno. Puestas ya las cartas y preparado el café, don Miguel se levantaba misterioso y tomaba el abrigo. "Tengo una cita", murmuraba el vasco genial mientras le brillaban los ojos y se mesaba con delectación la barbita. Y cuando todos caían en el mal pensamiento —¡estaban en París!— don Miguel les echaba este duchazo en el rostro: "¡Voy a leer a San Pablo!".

...

El otro santo de mi devoción, que me ha encantado por su sabiduría y su amor a los textos, es San Jerónimo, el doctor máximo de la Escritura, llamado el **Estridónense** por un regalo gratuito de sus admiradores, ya que no se sabe si nació en Estridón, y luego —esto es lo grave— si ha existido o no esa ciudad fantasmal.

Así como San Pablo es la gracia fulminante, la locura piadosa y el arrebatado a la nube de la que no se vuelve, San Jerónimo es la erudición, el trato con el pergamino y la autopsia del lenguaje.

Hay en la catedral de Barcelona un San Jerónimo con un libro en la mano y "quevedos" encima de la nariz. Es el cuadro de Bartolomé Bermejo. Bajo sus plantas tiene el santo un león dormido, y se le mira devorando con la atención una página de la Biblia. Ese es para mí el San Jerónimo más auténtico, puesto que lo pinto en función de trabajo: con "quevedos" y entre libros, o sea **con las manos en la masa**, que dice el vulgo.

San Jerónimo es el primer corrector de pruebas, el primer polígrafo que se atreve con las escrituras sacras, y sin duda, el primer erudito del cristianismo.

San Jerónimo escribe como

pinta el Greco: espiritando las formas. Por eso nos resulta el Greco de los testamentos, el Greco de las palabras tirando a ciprés. Las vidas de ambos son paralelas y alargadas, y habría que intentar el ensayo de su entrecruzamiento.

Diremos que la cultura de Jerónimo fue vastísima desde la juventud. Ya Luebeck, localizado por Angelo Penna, llegó a contarle no menos de ciento cuarenta y una citas virgilianas desparramadas en sus cartas y meditaciones.

Una vez San Jerónimo tuvo un sueño muy desagradable. Soñó que era arrebatado en espíritu y conducido a un tribunal, e interrogado sobre quién era, contestó que cristiano. "¡Mientes —le dijo una voz horrible— tú eres ciceroniano, no cristiano!". Y el pobre, espantado, se hizo el propósito de abandonar para siempre sus lecturas latinas.

Los servicios "profesionales" que este ingeniero de la cultura prestó a la Iglesia no son de referir. El papa Dámaso, allá por el 380, le encomendó una serie de indagaciones de alta filología que Jerónimo fue cumpliendo con indudable genio interpretativo. Andaban los libros sagrados en malas copias, y el hebreo se prestaba a mil confusiones. No se sabía, por ejemplo, el exacto significado de la palabra *hosanna*, y él, tras mucho análisis, llegó a la conclusión definitiva: rigurosamente esa voz significa "por favor, Señor, salva".

Marcela, dama noble y de elevado espíritu, solicita del maestro el significado de la palabra *efod*, que aparece en los libros de los Reyes. Por *efod* entendió el Etridonense la túnica de lino blanco que usaban los sacerdotes judíos en sus ceremonias. Ahora esto se sabe, pero él fue el primero en parar el huevo sobre la mesa. Era, pues, un consumado traductor a quien no le gustaba ofrecer gato por liebre, y así lo dijo a Pammachio y a sus amigos. Le tenía miedo hasta a la palabra *traduttore*, que significa *traidor*, y se fue a los más oscuros rincones del desierto y de las sinagogas buscando la amis-

tad de los viejos judíos, para que éstos lo abastecieran de léxico no precisado en los libros de entonces.

La Biblia que él volcó al latín es el monumento de su constancia y la obra maestra de su talento.

Mas, por mucho que parezca extraño, este sabio del yermo, este gramático del espíritu y calígrafo sin par, no ha sido editado en las colecciones de patristica que conocemos. La Iglesia lo ha apartado de los lectores modernos, y hay que ir a los textos antiguos

escritos en latín (¡horror!) para encontrar no sus obras completas sino sus fragmentos, esos fragmentos que son como las boronas de su manjar teológico.

Desconfiad de ese San Jerónimo en los huesos, pegado a una calavera y con los ojos en blanco: oculta un temperamento polémico y un ardientísimo varón que preludia, en tiempos aciagos y confusos, el nacimiento de las ciencias del signo humano: la paleografía y la bibliografía.



## EL DINERO CUESTA

Una instalación inadecuada significa UNA PERDIDA CONSTANTE DE DINERO por desperdicio de corriente, que resulta cuando hay líneas demasiado delgadas para la cantidad de energía que conducen.

**PROTEJA SU DINERO Y SU SEGURIDAD. HACIENDO REVISAR LA INSTALACION ELECTRICA DE SU HOGAR.**

*Reddy Kilowatt*  
SU SERVIDOR ELECTRICO

# Compañía Nacional de Fuerza y Luz, S. A.

Una Empresa a su servicio con utilidades limitadas por ley

OPCA Publicidad

FLA-2

# El amigo del tío Antolino

por Carmen Lira

La paz de la tarde caía sobre el campo.

Desde el sitio donde me hablaba, podía oír los golpes de un hacha al caer sobre el tronco.

Es el tío Antolino, —pensé—, y en busca del anciano me fui.

En el centro del vasto potrero se encontraba tendido el grueso tronco del roble que el tío Antolino reducía a astillas. Durante todo el verano lo había visto allí acostado, interrumpiendo la monotonía del extenso prado. Ya lo habían despojado de sus ramas y tenía su quietud algo que apenaba profundamente.

En las tardes, los tijos se posaban en hileras sobre él y desgarraban la tranquilidad de aquellos campos con su charla. No sé por qué me parecía que los negros pajarillos se burlaban del noble cadáver sobre el que detenían el vuelo, y yo corría hacia ellos para que huyesen.

Sobre el fondo luminoso del cielo se destacaba la pequeña silueta del tío Antolino, del dulce anciano que yo amaba tanto, y cuyo corazón era tierno y sencillo como el de un niño.

—Buenas tardes, tío Antolino, dije acomodándome en el otro extremo del tronco.

—Buenas se las dé Dios, niña —contestó quitándose el viejo sombrero de fieltro y dejando al descubierto su cabeza, aquella amable cabeza que siempre deseaba tomar entre mis manos y besarla llena de ternura. El viento jugaba con sus largos cabellos blancos. Apoyó sus manos en el mango del hacha, y quedóse pensativo. En su habitual sonrisa había un toque de tristeza.

—Está Ud. triste, tío Antolino?—le pregunté.

—No, me contestó, pero su mirada se perdió entre los campos, con esa expresión que tienen los ojos cuando el pen-

samiento vuela hacia el país del recuerdo.

El hilo plateado de la luna nueva y la estrella de la tarde brillaban tímidamente hacia el ocaso, todavía iluminado por una luz que se sentía como si fuese de seda. Y del hilo plateado de la luna nueva y del temblor de la estrella de la tarde, descendía un encanto infinito.

Después de un rato el tío Antolino habló: Este árbol, este roble que un huracán arrancó en el último invierno, era más viejo que mi padre... mucho más... tal vez más viejo que mi abuelo. El vió crecer a mi padre y a sus hermanos. El también nos vió crecer a mis hermanos y a mí. Como la quebrada corre cerca del lugar donde estaba, mi madre venía a lavar bajo él. Cuando éramos muy chiquillos nos íbamos a acompañarla y bajo su sombra jugábamos. Para el más pequeño, ella colgaba de las ramas una hamaca y allí lo acostaba. Me parece verla cantando con su voz querida, para que Antonio se durmiera:

**Arrurrú niñite  
que tengo que hacer,  
lavar tus pañales  
sentarme a coser.**

Y el viento movía las ramas y Antonio se dormía creyendo que eran los brazos de mamá quienes lo mecían.

Aquí veníamos también en las tardes a jugar, mientras ella nos cuidaba sentada en el corredor de la casa... allí, mire Ud. entonces era como ahora. Mamita desgranaba el maíz y hermana Silvia le ayudaba.

Hermana Silvia! Qué linda era! Rubia como unas melochas y con la cara fresca y rosada. Cuando reía se le hacían unos camanantes que lo hacían a uno también sentir ganas de reír. No había más hija mujer que ella pero he-

cia por cuatro. No se estaba nunca quieta: parecía un gorrioncito. Cantaba desde que Dios amanecía. Yo traje para ella de la montaña un venadito vivo y una chirrascuá. Cuando íbamos al monte, me decía: Antolino traeme parásitas. Cuidado con la cuenta si no me traes una guaría blanca! Pero nunca pude conseguir una mata!...

Silvia murió muy jovencita. Qué triste quedó la casa!

Pues bien, mi hermana Silvia y mi madre desgranaban maíz: tío Félix tocaba en su acordeón y tatica pilaba café, bajo aquel palito de murta. Yo, mi hermano Félix chiquillo y Antonio, nos veníamos a jugar en el roble. Subíamos a sus ramas con la misma confianza que a las rodillas del abuelo cuando éramos muy pequeños. Entre las ramas jugábamos escondido en las noches de luna. Por cada agujero que dejaban las hojas se colaba un rayo y nosotros, al verlos tan largos, blancos y brillantes, cantábamos a gritos para que el eco respondiera: "son las canas de la vieja luna".

En los veranos se cubría de flores rosadas. Me habría gustado que lo hubiera visto, niña. Se ponía tan alegre con su vestido rosado que no se podía creer tuviese tantos años! Cuánto cantaban entonces los jilgueros entre sus ramas y qué contenta se ponía Silvia! Quería mucho a los jilgueros, seguro porque eran cantadores como ella. Mi padre al verla así, decía riendo: —Miren el coqueto, parece una muchacha!— Por las mañanitas veníamos a cogerle ramos de flores rosadas y con ellas hacíamos coronas que colocábamos en las cabezas de Silvia y de las vacas. Había una ternerilla la cual siempre que la adornábamos así, se iba a dar saltos por el potrero.

Y el tío Antolino rió, como si viera todavía en el prado la

gentil figura de su hermana Silvia y la juguetona de la ternerilla, con sus cabezas coronadas con las flores encendidas del roble.

El viejecillo continuó con voz triste:

—Bajo su sombra descansaban los bueyes y los carreteros fatigados... El silencio volvió a reinar en torno nuestro. En la hondonada el río se alejaba lleno de murmullos. La voz se levantó de nuevo, dolorosa y apagada:

—El abuelo, la madre, tatica, hermana Silvia, tío Félix y Félix chiquillo murieron hace años. Sólo quedábamos el roble, Antonio y yo... pero él también murió y ahora estoy haciendo astillas su tronco. Creo que hago mal, niña. A cada golpe de hacha, me parece que me dice: —"Ay Antolino! Con que sos vos, quien me maltrata? Te olvidás de que era hermano de tu abuelo y amigo de tu padre? Ellos me amaban...? Y vos? —Seguro no recordás que cuando aun no gateabas, Juana María te colgaba de mis ramas y yo te mecía tan cuidadosamente como si fuera tu madre? Eres un mal viejo, Antolino".

Ya ni los bueyes, ni la esposa de Antonio, ni sus chiquillos, podrán librarse del sol bajo sus ramas, y los cansados carreteros en vano buscarán su sombra protectora. Los jilgueros que tanto amaba Silvia han ido a anidar en otros árboles. Ya nunca más cuando vuelva por la cuesta veré sus ramas altas hacerme señas amistosas y nunca más por las tardes, cuando nos sentemos en el corredor de la casilla, miraremos su figura familiar, inclinarse hacia acá, cuando sopla el viento de la montaña. Los chiquillos de Antonio no tendrán sus ramas para jugar y no podrán cantar como nosotros, cuando veíamos los rayos de la luna meterse por los agujeros: "Son las canas de la vieja luna".

La voz del tío Antolino era temblorosa. Había apoyado sus manos en el mango del hacha que descansaba en el tronco y tenía la cabeza inclinada hacia su viejo amigo. La brisa jugaba cariñosamente con las largas y blancas guedejas de su cabello. Sobre el cielo de un celeste verdoso comenzaban a brillar las es-

## Dos Exposiciones

por Manuel de la Cruz González

Después de un largo silencio y en forma simultánea e inusitada, se abren dos exposiciones de pintura: Museo Nacional y la "boite" "Bagatelle".

El mundillo pictórico comienza a agitarse con la llegada de las lluvias. Es de desear que la húmeda tensión fertilizante se mantenga y nuestros cazadores de imágenes reverdezcan.

Las muestras en referencia, pertenecen a dos valores nacionales de las últimas promociones: FRANCIS ALVARADO ABELLA y LOLITA FERNANDEZ CABALLERO, citados por orden de apertura y en ese mismo orden comentados en estas "notas al pasar".

La obra de ALVARADO ABELLA y de LOLITA, son conceptual y formalmente disímiles, aún cuando los identifica la misma inquietud por incorporarse a la realidad de nuestro tiempo, obedeciendo a la insoslayable necesidad que apremia a los espíritus alerta. Esto de sincronizarse con su época, no significa, como se afirma inconsultamente por ahí, doblegarse a la tiránica y superficial férula de la moda, como tampoco significa "nouveau", el usar antibióticos, aviones a propulsión o lanzar cohetes interplanetarios. Quienes piensan lo contrario cuando se enfrentan a

las nuevas corrientes del arte, pecan de ligeros. Lo que carece de realidad telúrica y de hondura filosófica, lo que resbala por sobre las fuentes de los restaurantes de lujo, o por los increíbles lineamientos de la "Chemise", es moda; moda que por otra parte es tan real y necesaria, como lo otro, sólo que funciona sobre resortes bien distintos y satisface necesidades bien diferentes también a las que colman y sustentan los designios que mueven al verdadero arte, cuya angustiosa marcha contra la muerte, de que hablara Aristóteles, no puede detenerse y cuyas conquistas se anticipan proféticamente a los presentes minutos de la moda.

No es posible confundir el acelerado ritmo de nuestro tiempo, que supera lo formal de un cubismo, pero que aprovecha sus conquistas proyectándolas hacia adelante en avisado plante de superación, en su ruta fatal hacia la verdad estética. El nuevo arte, —y permita Dios que sea viejo mañana—, no responde en modo alguno a los caprichos de lo mediato, es la férvida elaboración de una nueva fórmula que contribuye a resolver, de manera más lógica y eficaz, el eterno problema plástico: ESPACIO, RITMO, FORMA, COLOR.

Pero, volvamos a lo nues-

tro. Francisco Alvarado Abella se traduce en caligrafías de gran sensibilidad en las que la materia es rica, expresiva y amorosamente tratada. Su factura es amplia, íntima y de fino colorido. Es una pintura, demasiado "bonita" entre la que asoma un tímido "fauvismo", en tímidos coqueteos con las agrias fórmulas expresionistas, pero sin llegar a la trágica virilidad de éste, malograda por una poesía demasiado artificial y literaria. Sin embargo, la "cuisine" de que hace gala, impone sus finas calidades, emparentando sus intentos con la inteligente premisa de Matisse; "El cuadro debe ser ante todo pintura y después todo lo demás. Cuando el tema se impone a lo estrictamente plástico, la obra es literatura, botánica, geografía o historia, pero no es pintura".

Los atisbos abstractos que nos muestra Alvarado Abella, las azoteas on playa. Esto lo adolecen de elementalismo, y carecen de orientación y apenas si alcanzan las más próximas riberas del "TACHISMO".

En suma, Alvarado Abella exhibe una recia personalidad plástica, de grandes posibilidades y en trance de madurez. Su plena eclosión se producirá, cuando el fino artista que hay en él, sienta que la pintura algo más que superfi-

cie, que la pintura es el eterno y trascendental diálogo entre el hombre y los misterios de su origen, y de su muerte, un diálogo que se plantea en un lenguaje de formas y colores que formulan sus dramáticos designios en un espacio mensurable y tangible. Este y no otro es el eterno problema plástico de todos los tiempos y de todas las culturas. Si así no fuese, el arte no calaría en la esencia misma del ser y no justificaría la honda preocupación que ha merecido siempre de las gentes serias; equivaldría a intentar dotar de jerarquía espiritual, a un simple espasmo fisiológico.

LOLITA FERNANDEZ CABALLERO. Dramática en tema y forma, Lolita Fernández se resuelve en complicados arabescos y ásperas armonías de una fortaleza atormentada, que no alcanzan a dulcificar las ternuras grises del matiz. Es una reciedumbre que produce angustia y que cautiva por humana. Sin embargo, no logra la universalidad propuesta, por su muy visible proximidad a la escuela, por un italianismo inmediato, que al limitarla, sacrifica el desgarramiento convulsivo que agita al hombre de todas las latitudes. Lo que podría ser universal, se convierte entonces en teatral. Se salva, porque a pesar de todo, aletean en su fino espíritu inquietudes que van más allá de sus medios mecánicos; un ansia de sinceridades, un afán de canalizarse hacia las eternas verdades cósmicas y que a mi juicio, representa lo más valioso de la pintora. Una in-

(Pasa a la pág. 16)

trellas, con el mismo temblor con que lucen muy de mañana, las gotas de rocío sobre la hierba de los prados. Por entre la inquietud de la tarde, la música mística de las campanas iba dejando una estela de melancolía. Los árboles casi inmóviles tenían una apariencia solemne: dijérase que oraban, ungidos por la dulce paz que caía del cielo estrellado y en la cual las campanas de la tarde ponían su nota melancólica que a mí se me antojaba parecida a la que la luna deja caer sobre los campos.

Yo pienso que si pudiésemos oír la música de la luz de la luna, nos parecería muy semejante a la música de las campanas de la tarde.

Yo tenía lágrimas en los ojos y a través de ellas creía ver que de cada estrella salía un hilo de luz que venía flotando hasta la tierra.

En mi delantal recogí un montón de las astillas del roble y las llevé a la casa. Ellas fueron las que en esa noche alimentaron el fuego del hogar. Mientras cenábamos y las llamas se agitaban silenciosamente, amigablemente, yo ob-

servaba al tío Antolino, sentado en su rincón favorito. Como siempre, sonreía, pero su sonrisa era dolorosa. El fuego ponía oro en sus cabellos blancos. Qué suavemente pasaban los reflejos de las llamas sobre su frente: dijérase que la acariciaban!

Yo vé cómo sus ojos no se separaban de las llamas que consumían el tronco de su viejo amigo!

Y cuántas dulces añoranzas le sugerían aquellas llamas azuladas que se agitaban silenciosamente, a mi gablemente sobre los leños!

De los cantos de la madre cuando el viento mecía la cuna improvisada entre las robustas ramas; de la linda hermana Silvia con sus rubios cabellos coronados de flores rosadas y que le sonreía a través de los tiempos con sus camanances graciosos en las mejillas; del buen padre, del tío Félix y la música suave de su acordeón y de su hermano Félix chiquillo, tan travieso y tan molesto, pero también tan amado!

Del "Noticiero"

## Homenaje de BRECHA

# Juan Ramón Jiménez, poeta de lo inefable

por Gastón Figueira

Poeta de lo inefable, llamamos a Juan Ramón. Poeta cuya palabra musical, cuya visión creativa, supo explicarnos, en nuestra niñez, el idioma de las cosas. Poeta cuyas imágenes emocionales fueron como un halo de ensueño y de milagro en el rostro del mundo, frente a nuestros días de adolescencia. Evocamos, sobre todo, ese intenso libro que se llama *Laberinto* y que tanto leíamos, en pleno estío luminosísimo, en una quinta

**Era un cuento de olvido el parque solitario,  
el vaho verde y frío de la oculta laguna  
alejaba la vida misteriosa del bosque  
hacia un sin fin de luz eterna y errabunda.**

Más tarde, mucho más tarde, fue el propio poeta quien dio la razón a nuestro calificativo. Pues en la magnífica conferencia que sobre "Poesía y literatura" pronunció en enero de 1940 en la Universidad de Miami, dijo que la poesía le sigue pareciendo "la expresión de lo inefable". Que la designación con que titulamos este ensayo no parezca, pues inadecuada.

¿Cómo es Juan Ramón Jiménez el poeta de lo inefable y cómo ése constituye, a nuestro parecer, su valor fundamental, su más eterna virtud, su individualidad, su misterio, su ardentía, su verdad, su gracia, su música, su acento! Lo que no se puede decir —o, mejor, lo que hasta ahora parecía que era imposible de ser dicho— ha hallado en sus versos, en todos sus versos, en los de su juventud y en los de su madurez, una revelación maravillosa. Toda su vida ha sido, es y será una tenaz devoción de poesía. Hasta en su prosa —que parece ser actualmente la forma de expresión que mejor alivia, en recuerdos de España, su exilio en Estados Unidos, país tan distinto del suyo, aunque bien pueda él comprenderlo y quererlo, pues pa-

cercana al Prado. De sus páginas, en que la nueva visión del poeta está ambientada con tanta pureza, siempre nos gustaba detenernos en esa "suite" de veintidós poemas, titulada "Variaciones de lo inefable". Ya en aquellos días, el español era para nosotros el poeta de las "variaciones inefables". Y más de una vez, las alamedas de gardenias recogían nuestra voz, al leer uno de esos poemas:

ra ello tiene el poeta su amplísima cultura y su vibración humana universal.

Ciertamente existen y existieron poetas que supieron también expresar lo inefable (Herrera y Reissig es un gran ejemplo) pues es ésa una virtud de la más alta poesía. Pero ninguno, a nuestro juicio, ha logrado esa revelación de una manera tan constante, ni la ha entregado en una obra de tan rica y honda sustancia lírica, con medios tan sencillos, tan puros como los de Juan Ramón Jiménez. El es poeta de todas las latitudes del alma, en estado de gracia lírica, de ideal clarificación. Todas sus evoluciones, con ser tan intensas, no han logrado nunca quitar a su obra ese sello personalísimo, que constituye "su voz".

No es posible encasillarlo en ninguna escuela literaria. En la época del modernismo —la de su iniciación— supo interpretar inteligentemente las más valiosas características del simbolismo. Pero ellas fueron recreándose en su personalidad, pudiendo decirse que, en definitiva, dejaron allí únicamente sus virtudes —sus valores estéticos universales— perdiendo sus defectos, siempre agrandados

en los simples imitadores. Algunos de los alejandrinos descriptivos de Juan Ramón podrán parecer parnasianos por lo perfecto de la forma. No lo son, empero, gracias a su vibración emocional. Y sus romances están lejos, a la vez, de la canción popular sin depuración y del romance que —por exceso de estilización e intelectualización— pierde las virtudes de la tonada popular, de la canción folklórica, linda para recordar y paladear, en su delicado juego de retornelos. En la segunda gran fase de Jiménez, sus libros *Eternidades*, *Piedra y cielo*, *Belleza*, realizan una poesía de amplia y profunda modernidad, hermética en gran parte —pese a la sencillez de sus medios expresivos— personalísima siempre. No es, sin embargo, un sobre-irrealista más.

En él están, sobre todo, aquellos valores de sensibilidad agudizada, de verdad, delicadeza y originalidad, dignidad y unidad, en un trabajo fervoroso siempre hacia una perfección máxima, hacia un mayor ahondamiento de zonas líricas. Algunos han encontrado en lo más representativo de su obra, cierto exceso hiperestésico. No cabe, en tal sentido, reproche. Debe reconocerse que esa sensibilidad está siempre —o casi siempre— unida a una vigilancia intelectual, a un sentido estético que no llega a quitarle su vibración. Al entrar en su valoración lírica, todas las cosas —hasta las más humildes— se transfiguran en una augusta luminosidad. Un sector de su obra presenta visiones de Andalucía —en verso y prosa— de las más bellas que se conocen. Para crearlas, no recurrió el artista a ningún efecto fácil, a ningún colorido vulgar; al contrario, las obtuvo por los medios más sutiles y duraderos, siempre en armonía con su idiosincra-

sia espiritual, enemiga de toda decoración, de toda trivialidad, de todo énfasis, de todo lo que no sea la presencia de la Poesía.

El es, por excelencia, un poeta universal, de los más grandes poetas universales de todos los tiempos.

Poeta de lo inefable es Juan Ramón Jiménez, por su honda emoción que le permite establecer una maravillosa solidaridad entre su orbe lírico y el que lo rodea, entre su alma y la naturaleza. Poeta de lo inefable, porque sus formas expresivas, tan musicales, logran captar toda la vaguedad, toda la magia de esos momentos líricos y de esos paisajes reales e ideales que muchos hemos entrevisto en la vida y en el sueño, pero que sólo un artista como éste logra recoger en toda su fuerza sugestiva, en toda su simbología expresional, en toda su música de imágenes, en todo su temblor de entrega, en todo su afán de revelarse por el poeta. Así, en su voz se escucha el lenguaje de la naturaleza y sus estrofas traducen la canción del pájaro, la oración del árbol en el valle, el sueño de la flor solitaria. Y aquellas otras voces, más hondas, del puro espíritu humano en su marejada emocional, en su comunión con la Belleza, en su soledad sonora, en sus diálogos con la melancolía, con la evocación, con el misterio.

Desgraciadamente, la obra de este poeta no es tan conocida como deseamos, pues la edición de casi todos sus libros principales está agotada desde hace lustros y muchos de ellos no figuran ni aún en las bibliotecas públicas. La nueva generación, sobre todo, admira a Jiménez por *Platero y yo* y por algunos poemas sueltos incluidos en su segunda antología y reproducidos en periódicos y textos universitarios y escolares. Ya que la buena suerte y nuestra búsqueda tenaz nos han dado la felicidad de disponer del material necesario para realizar, con sereno fervor, un ensayo valorativo de la poesía de Juan Ramón Jiménez, quede aquí nuestra devoción por este alto y precioso ejemplo de lealtad vocacional, cultura, creación, severa dignidad, diafanidad y nobleza.

# Credo estético de Juan Ramón Jiménez

De algunos reportajes realizados al poeta — así como de sus publicaciones en revistas y libros— hemos seleccionado estos pensamientos, formando un credo de la estética de Juan Ramón:

El poeta debe ser el hombre que arde siempre, que arde como una llama viva, que está siempre ardiendo. No comprendo cómo hay personas que se llaman poetas y que cada seis meses se acuerdan de que saben métrica y hacen un soneto o una estancia. El poeta debe estar siempre sobre sí mismo, depurándose, renovándose, elevándose.

Quien me quiera encontrar en la vida —y en la muerte— búsqieme sólo en lo bello.

La poesía se desenvuelve adquiriendo intempestivamente las leyes de los cuerpos o las almas disímiles, que la lógica conceptual rechaza. La poesía tiene su lógica maravillosa, que aparece sólo como el halo que se desprende de la virtud adquirida por el logro, por la perfección del cuerpo poemático.

Crítico de mi corazón, cuando yo digo del poema:

“No lo toques ya más,  
que así es la rosa”,

es después de haber tocado el poema hasta la rosa.

Cada poesía mía es como el silencio de mi necesaria conversación innecesaria de cada día.

¡Ay, no, no somos creadores; no somos más que repetidos transeuntes de la belleza, del arte y del placer!

Los estados de la contemplación de lo inefable son: panteísmo, misticismo, amor, es decir, comunicación, hallazgo, entrada en la naturaleza y el espíritu en la realidad visible y en la invisible, en el doble todo, cuya sombra absoluta es la doble nada. Las disposiciones del hombre para estos estados son sentimiento, pensamiento y acento. El resultado, mudo o escrito, emoción universal.

Evidente y secreto, como el diamante, como el agua, como el desnudo, como la rosa.

Considero que las formas poéticas más originales y posibles en español, son las que usé en mi adolescencia poética, que ahora uso y que más me gustan como más españolas y más mías: el romance octosílabo, la canción y el verso libre, que yo llamo desnudo y que nada tiene que ver con el llamado verso libre o blanco en el neoclasicismo español de todas las épocas, ni con el usado recientemente por los informes. La mejor poesía española, en verso y prosa, antigua y moderna, anda con esos pies.

Hay una gran diferencia: Este es oscuro y basto; éste, difícil y fino.

Mi norma ha sido siempre, y así lo he escrito hace años: amparar a los jóvenes; exigir, castigar a los maduros y tolerar a los viejos.

Poesía es sí o no; crítica no es sí ni no, sino todo lo que queda en medio. Difícil es dar gusto a todos en poesía y en crítica, pero ¡cuánto más difícil es dárselo a uno mismo!

La poesía social, para mí, como “la otra” es busca o encuentro, de ningún modo postura media con arreglo a una fórmula exterior o ajena.

Lo único que me ciega es lo falso.

Fuerte, pero en la medida bastante para no dejar de ser delicado.

Me dicen estos y aquellos: ¿A qué ese afán, esa insistencia, ese éxtasis en tu obra?

Les respondo con la deliciosa poesía de Abu-Said, el persa:

“Le pregunté a mi amada: ¿Para qué te embelleces tanto?”

Para gustarme a mí misma — me contestó. Porque hay instantes en que soy, a la vez, el espejo, la mirada y la belleza, instantes en que me siento, a la vez, el amor, el amante y la amada”.

Los que me conocen saben bien que yo soy un descontento de mi escritura sucesiva más o menos poética, y esto no es un decir propio o ajeno; yo lo demuestro cada día con mis revisiones y cambios. Así, cuando yo critico a los demás, hago con ellos lo mismo que conmigo. Yo intento una poesía como creador, y una crítica de mi propia creación primero, y luego y por otro lado, una crítica poética general, como si yo no fuese un creador.

Amor y poesía  
cada día.

## CENTROAMERICANA

Una revista cultural, independiente, dedicada a los cinco países de Centroamérica y Panamá, cuyo único objeto es fomentar una mayor confraternidad entre ellos mismos, procurando a la vez que sean mejor conocidos en las demás naciones del Continente.

CARMEN SEQUEIRA  
Directora-Editora  
Chimalpopoca 34

# Poesías de Juan Ramón Jiménez

## SUEÑO

Imajen alta y tierna del consuelo,  
aurora de mis mares de tristeza,  
lis de paz con olores de pureza,  
¡premio divino de mi largo duelo!

Igual que el tallo de la flor del cielo,  
tu alteza se perdía en su belleza...  
Cuando hacia mí volviste la cabeza,  
creí que me elevaban de este suelo.

Ahora en el alba casta de tus brazos,  
acojido a tu pecho transparente,  
¡cuán claras a mí tornan mis prisiones!

¡Cómo mi corazón hecho pedazos  
agradece el dolor, al beso ardiente  
con que tú, sonriendo, lo compones!

## A MI ALMA

Siempre tienes la rama preparada  
para la rosa justa; andas alerta  
siempre, el oído cálido en la puerta  
de tu cuerpo, a la flecha inesperada.

Una onda no pasa de la nada,  
que no se lleve de tu sombra abierta  
la luz mejor. De noche, estás despierta  
en tu estrella, a la vida desvelada.

Signo indeleble pones en las cosas.  
Luego, tornada gloria de las cumbres,  
revivirás en todo lo que sellas.

Tu rosa será norma de las rosas;  
tu oír, de la armonía; de las lumbres  
tu pensar; tu velar, de las estrellas.

## OLOR DE JAZMIN

¡Qué tristeza de olor de jazmín! El verano  
torna a encender las callas y a oscurecer las casas,  
y, en las noches, regueros descendidos de estrellas  
pesan sobre los ojos cargados de nostalgia.

En los balcones, a las altas horas, siguen  
blancas mujeres mudas, que parecen fantasmas;  
el río manda, a veces, una cansada brisa,  
el acaso, una música imposible y romántica.

La penumbra reluce de suspiros; el mundo  
se viene, en un olvido mágico, a flor de alma;  
y se cojen libélulas con las manos caídas,  
y, entre constelaciones, la alta luna se estanca.

¡Qué tristeza de olor de jazmín! Los pianos  
están abiertos; hay en todas partes miradas  
calientes... Por el fondo de cada sombra azul  
se esfura una visión apasionada y lánguida.

## LA VOZ VELADA

El alma de las flores divaga entre la lluvia.  
¡Oh, flores amarillas de los tejados, flores  
que embalsamáis de un dulce perfume penetrante  
y nauseabundo el tedio de mi vida sin orden.  
Olor como una voz virgen que lastimara;  
idilio sin sentido, leyenda de colores  
tristes, con casas pobres en bosques solitarios,  
con grandes ojos bellos, celestes y precoces...  
¡Qué olor y qué dolor de flores amarillas,  
que tienen el encanto de las cosas de entonces!  
...Y duele el corazón nostálgico, lo mismo  
que si lo traspasaran las amarillas flores...

## ESPERANZA

Saco mi esperanza, igual  
que una deslumbrante joya,  
de mi corazón —su caja—,  
la paseo entre las rosas,  
la mimo, como a una hija,  
una hermana o una novia,  
la miro infinitamente,  
...y la guardo, otra vez, sola.

## AL VIENTO

¡Corcel de cristal y oro,  
que enredas el caracol  
de tu galope de luz,  
sin hollarla, por la flor!

¡Ladrón que nada te llevas,  
fresco y caliente de sol  
y agua, tan mío que  
te cojo forma y color!

¡Cojin del señor mudable,  
escultor de la ilusión,  
perenne mirto invisible  
del trastorno del amor!

## JARDIN

Jamás el que te ame  
te amaré a ti, mujer, amaré a otra;  
tú eres solamente  
para mí.

No, celosa,  
mi alma sollozará, cuando otro cuerpo  
tuyo se enrede por las secas rosas  
de cualquier otro amor, anhelo vano  
de aprisionar tu verdadera forma.

Morirás cuando creas  
que amas otra vez. Por tu memoria,  
sepultada en la tierra de tu carne,  
pasarán, como estrellas, estas horas  
únicas en que fuiste  
tú creada por mi alma absorta.

# Poesías de Claudia Lars

## CASA SOBRE TU PECHO

por Claudia Lars

"Hace diez años, hace cinco años,  
un año hace...  
A pesar de eso llegaste a tiempo,  
aunque un poco tarde".

CHRISTINA GEORGINA ROSSETTI

### I

A medio otoño, casi del olvido  
volviendo con la rosa del verano.  
El mar del corazón bajo tu mano  
y el camino de ayer para el oído.

O es golondrina, no, la que ha venido  
al cielo de este cielo cotidiano.  
Porque llega del frío más lejano  
sabe escoger la tarde de su nido.

Así, con simples nombres de acomodo,  
voluntaria de ser, en nuevo modo,  
tu sabor y tu clara compañía.

Si recojo praderas en tu casa,  
ya presiento la rosa que no pasa  
y soy nueva en la rosa todavía.

### II

Detrás de las orillas iniciales,  
de la agitada soledad de afuera,  
un suave octubre, de caricia entera,  
y una isla dulce, en olas de rosales.

Pues nunca los amores son iguales,  
este arrimo de amor, a tu manera,  
de una lejana y muerta primavera  
saca el reino del musgo y los panales.

Recuerda... y recordando... en sabio rito  
a breve sangre anuda lo infinito,  
iluminado y tierno en su desvelo.

Y un poder encendido por tu llama  
junta el panal, el musgo y la retama,  
para esta casa tuya, entre mi pecho.

### III

A ti, todo el poder de mi sentido:  
este valle de yerba y de paloma;  
mi profunda violeta con su idioma  
en los verdes recodos aprendido.

A ti, mi río-fuego, detenido  
en un labio sediento, que lo aroma;  
mi ágil laurel y el pájaro que asoma  
dando el país del aire en su latido.

Toda mi tierra corporal y oscura:  
la que acoge, levanta y asegura,  
recia en la entraña y en el tacto fina.

No ha de quedar a piel de amor el goce,  
porque ya tu mirada reconoce  
tierra adentro, la luz de cada espina.

### IV

Tu casa tiene un nombre de tristeza:  
un leve nombre de ceniza y frío,  
Toca el fértil azul del nombre mío  
y es noche oculta en que tu voz tropieza.

Antes fue claro y vivo, con riqueza  
de fácil nardo y de inicial estío;  
iba copiando cielos como un río  
y en él, para mi amor, tu amor empieza.

Yo recojo ese nombre de la muerte  
y lo acerco a los dos, sin que despierte,  
mientras un gran silencio nos anuda.

Me crece de los ojos nueva tierra,  
y el nombre queda en ti, y en ti se encierra,  
guardando el clima de su patria muda.

### V

Aquí a tu lado, en medio de las cosas  
y del recuerdo... tuya, conmovida,  
Por tu claro hospedaje detenida  
y también por tus horas dolorosas.

Van a tu amor las arpas de las rosas  
y todos los rosales de la vida.  
Ya no pierdo mi frente, ya encendida  
es tu jardín, la tarde en que reposas.

Inmensidad de cielo y tierra envuelve  
esta alianza secreta que resuelve  
pasos de ayer en casa tan segura.

De ti saldrán los días venideros  
y en los junios de luz y en los eneros  
tendré el hondo crecer de esta dulzura.

### VI

Casa de piedra y sueño, que se entrega  
en torre de alas y en jardín cerrado.  
Tamaño del amor insospechado.  
Reino tardío de una alondra ciega.

A tu fina quietud mi paso llega,  
dichoso de llegar, pero cansado.  
Me corona la luz, tengo un aliado,  
y la noche de paz nada me niega.

Este es mi sitio, mi querencia humana,  
para empezar de nuevo mi mañana  
y borrar en su amparo la fatiga.

Por eso, casa mía, casa cierta,  
en mis labios te das, limpia y despierta,  
con el ángel de flores que te abriga.

# La Exposición de Lolita Fernández Caballero

por Francisco Marín Cañas

Esto, desde luego, es pintura.

Nadie que visite la exposición recién abierta en las salas del Museo Nacional podrá evitar que un pensamiento tal acuda a nuestra mente al primer vistazo. Hay allí una obra completa de pintura formal, no la exhibición de un tanteo. Llama la atención, ante todo, el vigor, la amplitud, la profunda consciencia con que están pintados esos cuadros —la mayoría de ellos—, cualquiera sea “el modo” de la artista a que respondan.

Porque conviene hacer constar que si no en un orden perfecto de sucesión —a lo cual se oponía en buena parte la falta de espacio—, está allí, ante la vista del que entra, la obra de tres y medio largos años de labor, que es tanto como decir, de búsqueda. Pero no de búsqueda del “modo” definitivo; de búsqueda de las propias capacidades de expresión, de la propia alma a expensas, sin convenciona-

lismos ni timideces. Si algo llama por cierto la atención en esta extensa obra de Lolita Fernández es por su carencia absoluta de timidez, la virilidad —podríamos decir— de su pincel, consecuencia indudable de la limpieza mental derivada de su concepto de lo que es el arte. Nada de concesiones coloristas y, mucho menos, de indecisiones conceptuales. Nada, tampoco de anécdota. Ella ha pintado cuanto ha querido pintar y dentro de todas las escuelas o tendencias al uso, pero sin arredarse, sin tratar de acomodarse a ninguna; con la conciencia de que impresionismo, surrealismo, abstraccionismo, no son sino modas —y como tales, pasajeras—; modas que es indispensable conocer, practicar, realizar, pero como un medio, por que responden a algo actual y actuando de cada época, nunca como un fin en sí mismas para el artista. De la única manera que Lolita no ha pintado es como mujer, femenina y

dócilmente, concediéndole a su propia complacencia mucho más que al inevitable rigorismo de la obra, que es como suelen pintar—con muy raras excepciones— las mujeres.

Y sin embargo ella es un encanto de mujer: pequeña, graciosa, tierna, nada envanecida, llena de esperanza, sí, y muy consciente, además, de lo que hace; pero sólo exigente consigo misma. Para todo lo demás tiene esa amorosa indulgencia propia de la mujer.

Claro está que en ese amplio “más” de su atractiva femineidad, no entra ni por asomo su trabajo: el fuerte empeño de pintar, del cual nos está dando una muestra asombrosa.

Y el que lo dude, que vaya al Museo y se asome a esas salas en cuyas paredes campea una verdadera obra de artista; no por el contenido de belleza convencional de que daría pruebas abundantes una forma menos vigorosa,

más cercana a la gracilidad pura y simple, sino por el contenido de belleza absoluta, intrínseca, inmanente al uso del color y de la luz, de la facilidad de la técnica, de la anchura y valentía de la composición y también del entendimiento que ella ha hecho en su hondo y para uso exclusivo, del sentido funcionante mismo de las tendencias dentro de las cuales ha querido expresarse por medio de la pintura. Que al decir pictóricamente, el decir, incluso, lo subjetivo —aquello que no se quiso poner y se puso, porque se le “conocía” y “sentía” especie de traición que el artista sufre por parte del arte nuevo cuando está honradamente colocado en su vórtice umbilical—, es la innata condición que revela al capacitado, al creador, al dotado de esa fuerza centripeta misteriosa (“divina, que se decía”) capaz de producir la proyección. Que de ésta —de la facultad de proyectar— es de donde nace, cualquiera sea su alcance o la densidad de su contenido, la índole misma del creador.

Quizá se diga que nada tiene de “tíca” esta pintura que expone Lola Fernández. Y se alegue en abono de semejante tesis buena copia de pruebas relativas a forma y color, sentido o concepto. Cuanto pueda decirse es mentira. En Costa Rica no tenemos aún una escuela pictórica, pero ni

## DOS EXPOSICIONES...

(Viene de la pág. 11)

tuitiva comprensión que la inclina no a la superficie, sino a la hondura; una ternura que aflora en la tristeza de sus rostros y en la angustia de los retorcimientos. Pese a que es bastante literaria, siente que el cuadro no debe proyectarse hacia el exterior, sino hacia adentro, en una suerte de introspección que se resuelve en auténticas creaciones. Es por eso que ejercita una mecánica, que en sus figuraciones es incompleta, pero que en sus expresionismos semi-abstractos y en sus francas abstracciones a la manera de ESTEVE o de AFRO, intenta culminar un futurismo no conceptual a lo RUSSOLO, SEVERINI o DUCHAMPS.

En esta manera, Lolita

Fernández nos entrega cuatro obras, —ya son bastantes—, concretamente las señaladas en el catálogo con los números 12, 15, 19 y 17, sobre todo la primera y la última de las citadas, que me permite aplaudir a su creadora sin reservas.

Estas cuatro obras se destacan pujantes dentro del natural desconcierto que provoca una totalidad incongruente de oficio pobre, anacrónicamente teatral y armónicamente fría, que se mueve entre calles orientales de restallante vulgariad, las eternas estampas históricas cazadas en los viajes por Europa y las tortuosas callejuelas parisinas —pobre Utrillo!—

Las obras citadas merecen la responsabilidad de un pintor de “cuerpo entero” y por

eso, Lolita Fernández amerita una sinceridad plena al hablar de su pintura.

Sus dibujos y gouaches, sus aguafuertes y litografías, entre las que se encuentran algunas de verdadera calidad, merecen un comentario aparte, pero será en otra oportunidad.

Después de gustar las gratas emociones que estas dos muestras han suscitado en mí, alimento una esperanza cierta de progreso y pienso que quizás sería posible aunar esfuerzos e intenciones y revivir los SALONES ANUALES DE ARTES PLASTICAS que han sufrido un tan lamentable lapsus, y que tanto bien produjeron en épocas pasadas, a la salud de nuestra incipiente pintura.

Sea este, una especie de dramático llamado a quienes pueden y deben, para que nuestra pintura goce algún día del respeto y la consideración que los países civilizados reservan para su arte y sus artistas. El nuestro, debe ocupar el sitio que le corresponde por decoro, cumpliendo la función social que le es propicia, con la dignidad a que tiene derecho.

Quiera Dios que en no lejano día, contemos con un Departamento de Bellas Artes, adscrito al Ministerio de Educación Pública, cuya ausencia es tan lamentable, para que el Estado tome la parte que le corresponde en el fomento y cuidado de lo que de mayor valor espiritual y permanente puede mostrar un pueblo, su arte.

# La Gran Ciudad

por Carlos Jinesta

(Páginas del libro recientemente publicado)

La gran ciudad me abrió sus puertas. Llegué a ella con toda felicidad, en marzo de no recuerdo qué año, después de un vuelo de siete horas. Yo venía del trópico y no conocía otras tierras. El país que visitaba era pujante, fuerte, lleno de promesas para hombres de entusiasmo y de fe. Y en mí había una incógnita por descifrar. ¿Cómo sería la populosa población en sus particularidades? Nunca perdí esperanzas de disfrutar de sus encantos y confundirme con ella en la vida, en el trato de sus habitantes, en la frecuencia de sus paseos y el comercio de sus afanes. Yo dejaba atrás a mi suelo nativo, sembrado de café y caña de azúcar, fortalecido de escuelas para las bregas del porvenir y con periódicos apretados de idea, en torneos de democracia y voluntad. El cambio no lo concebía profundo si consideraba las raíces históricas del nuevo territorio que me acogía en no importa qué condiciones de mi viaje.

Pequeña capital la mía; de tanto en tanto con la animación del ciudadano que la engalana; de casas chatas de una sola planta y alegres de color. Grande la que mis ojos descubrían, cuyo clima entraba por los poros; soberbia de edificios altos que se asomaban a las avenidas con la geometría de un casillero.

¿Cuántos habitantes la poblaban? Los censos anotaban tres millones, pero la acrecentaba la gente volandera que afluyó del Norte y del Sur; turistas y militares, hombres de negocios, comisionados de gobierno, estudiantes y do-

lientes buscadores de especialistas.

Al poner el pie en tierra, yo apenas cultivaba amistad, y no muy estrecha, con siete personas aposentadas en los contornos urbanos; y deseoso de empezar a recorrer la urbe, cabeza del país, tomé un automóvil en busca de alojamiento, y en seguida enderecé mis pasos hacia sus más atrayentes meandros.

\* \* \*

Las calles se presentaban palpitantes de actividad; el tránsito azogado y con algo de aplastamiento, porque lo requería el tiempo o la impaciencia humana. Rodaban automóviles de todas las marcas, de todos colores y tamaños. Este chófer atendía al semáforo, aquél echaba en saco roto la luz roja e incurría en infracción: a menudo los pilotos son almas de cántaro que desestiman la vida ajena. Uno que otro mozo iba en bicicleta con su carga de botellas de leche; otros, en camión, distribuían cubos de hielo. Pasaban las motocicletas que disparan como ametralladoras y saltan como bridones. Las aceras, sin hipérbole, estaban inundadas de gente. Los pobladores avanzan solos, a tranco rápido; o de dos en dos, con entretenidos pasos; o en grupos, sin saludarse ni detenerse, en los afanes del tráfico moderno.

Me hallaba en mi soledad en medio de la enorme colmena y me hallaba en mi silencio entre tanta baráunda.

Oíanse palabras españolas, inglesas y francesas en una endiablada mezcla de inflexiones de voz; los menos con-

versaban en italiano, gritaban en alemán; o en indio, quedamente, decían cosas ininteligibles. Sentíase a todas luces el hervor de los negocios.

Los turistas con dólares en la faltriquera, mirando al reloj para que no se pasara la hora de la comida, que se ofrecía de continuo en restaurantes para todos los paladares y caprichos.

Aquel río humano lo detenía únicamente la prioridad que se otorgan a sí mismas las bombas contra incendios. erizadas de hachas, relucientes de cascos y anunciadas a campana clamorosa, pues entonces no se cumplen las señales semafóricas. De cuando en cuando se tendían las manos en solicitud de un periódico que vendían los voceadores publicando las derrotas teutonas al paso de los rusos.

Ciudad cosmopolita, poliglota y babélica extraña a la familiaridad y tan buscada por los viajeros de los cinco cabos del mundo. Por cada mil vencidos por la competencia, arrollados por el ciclón de la lucha, uno queda erguido, recio de experiencia, capaz de defenderse de todos los babilonios de dos y más pies.

\* \* \*

No afecto a la vida de hoteles, me instalé en una casa de huéspedes al alcance de mis entradas. Cuarto número quince, de un décimo piso con ventana a la calle, desde donde veía rodar tranvías eléctricos de un amarillo intenso y autobuses de ordinario repletos de pasajeros. El ascensor funcionaba constantemente subiendo y bajando personas que no trababan amistad

y ni siquiera se daban los buenos días. Eramos árboles andadores, cada cuál aislado, con fuentes vitales propias. El individualismo se adueñaba de todos; nadie reparaba en nadie. El apetito nos reunía a veces en salones con mesitas en que se cenaba un buen porqué de salmonetas; sin embargo, cada quién platicaba con el mozo que por el servicio esperaba la paga. Billetera sin blanca, dios sin trono; y bolsa sin dinero, dígame cuero.

Un día de tantos, asomado a la ventana, observé en la casa frontera la presencia de un niño convaleciente que tomaba el sol, sobre la terraza envanecida de tiestos de claveles, dompedros y albahacas de hojas menudas. Mirábame con sus grandes ojos parleros y me sonreía con su sonrisa de miel. En la segunda semana de mi estancia en el vértigo de la inmensa ciudad, por vez primera veía un rostro amigo. Sus pocos años le inmunizaban todavía de las desazones y asperezas de la civilización, porque civilización a menudo es eso: volver las espaldas a la hermandad humana, convertir el altruismo en misantropía, brindar señorío al cerebro dedicado por entero a los menesteres productivos y ahogar en indiferencia el corazón.

Por algún tiempo seguí saludando a distancia a mi vecinito, estoqueado por un mal incurable. Cuando se reside en muy altas viviendas se conversa de rato en rato con el silencio. Despréciase con mayor sinceridad la carne, y el alma descubre su fuerza al mirarse con naturalidad al espejo del cielo íntimo, de azules calmos y profundos.

\* \* \*

Una mañana noté desusado movimiento en la residencia de enfrente. Las sospechas no se hicieron esperar. Del farol pendía un crespón de duelo. El niño enfermo había pasado a mejor vida. Su padre era

siquiera una forma de pintar. La forma podrá venir o no venir algún día. Podrá, incluso, traérsela esta misma recia pintora nacional. Tiene sobra de talento para ello, y un poco de clima no le vendrá mal. Pero su pintura es, des-

imaginativa y metafísica. No de ya, pintura costarricense —y valorada como tal en el extranjero—, pues cosa curiosa, hay en sus cuadros de sus últimos tiempos (o si se quiere, de su último "modo") un uso de los azules y los sepías

mucho más tropical que mediterráneo, amén de una tendencia a darle contenido incluso a lo abstracto, que no deja de responder a nuestro modo de ser más profundo, o sea, a nuestra negatividad tendrá impedimento para ver-

lo, quien se fije.

Por lo que a mí respecta, podría decir, hablando en llano, que esta ha sido la primera vez que he visto pintura en Costa Rica.

propietario de fábricas de hilados: hombre sesentón, cargado de espaldas y de dinero: parco en palabras, de mirada aguileña, nariz fuerte y labio caído. Este industrial vino al país a probar fortuna como tanto inmigrante, atenido a su juventud, a su esfuerzo, a su perseverancia en el quehacer, y ante todas las cosas a su fe en el ahorro y el trabajo. Había quedado viudo, y su único hijo, no resistió los estragos de una tifoidea que le robó en contados días todos los glóbulos rojos.

Por la tarde, poco a poco llegaron automóviles al uso. En la puerta, criados de mano enguantada recibían ramos de asfodelos y rosas. Pasó un hombre silbando tranquilamente y oyóse la cantinela de un cordelero.

Con la caja forrada en blan-

co y de chapa plateada, salieron seis acompañantes vestidos de luto; una carroza, blanca también, conducía después el cuerpo. Colgaba una cruz de jazmines y un áncora de follaje y siemprevivas. En los compañeros no sonó el toque de difuntos. Y me uní al cortejo de raleado acompañamiento, hasta dejar en la paz de la tierra los restos infantiles. Con palabras interiores, expresé: —Que la luz eterna le ilumine.

¡Tanta gente en la extensión urbana y tan escasa concurrencia en el entierro! Cuando son millones los hombres que se agrupan por imperativo de las luchas humanas, más separados viven.

¡Tanto ponderar en libros y discursos la cordialidad de la gran familia de los pueblos, de amor en marcha, y no nos

congregamos siquiera, en número de veinte, entre conocidos y amigos, como ofrenda de caridad, para dar sepultura a un hermanito! A muertos y a idos, no hay amigos.

Al cerrar la noche, manejado el manubrio por andrajoso chicuelo, un organillo, ¡tirirín!, dijo sus arias nocturnas.

\* \* \*

En forma que preocupa encarece la vida en la urbe. En plaza hay alimentos pero la demanda es persistente. El problema consiste en que es mucho mayor el consumo que la producción. Al ritmo de la época todo está racionado: la carne de ganado vacuno, azúcares cubanos, el arroz y el frijol; el carbón es necesario adquirirlo a pocos, la gasolina se compra en litros; los medicamentos alcanzan un costo excesivo. La capital federal

está atada de pies y manos, aunque sea en su propio provecho. Para tomar agua potable es preciso obtener botellones de agua pura.

Necesitáis prioridad si queréis subir en avión, prioridad si deseáis enviar mercaderías fuera del país; licencia de importación es de ley, para introducir cualquier mercancía.

Congréganse los peritos, los técnicos para conjurar el mal. En tiempos tan apretados urge doblar la producción y aplicar sanciones a los acaparadores y especuladores. He aquí la parte atacable, el tendón de Aquiles. Para componer las cosas es imprescindible la buena fe. Los judíos, emperadores de cheques, aprovechan la oportunidad: son los gerifaltes de Israel, los gavilanes de Mammón, Shylock y sus adeptos.

# CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION

## SECCION AVICOLA

# Compra de Maíz Amarillo para Mezclas

La Sección Avícola está interesada en adquirir partidas de maíz amarillo de producción nacional, última cosecha, para uso en mezclas de alimentos avícolas. Los interesados pueden dirigir sus ofertas al

CONSEJO NACIONAL DE PRODUCCION, SECCION AVICOLA.

Autoridades multiactivas con algo de apaches hacen q' hacen, en tejemanaje malicioso. Esto no es hablilla. Y continúa el alza de precios, con detrimento de la robustez física de los que devengan un salario bajo.

El engaño es evidente, la burla flagrante. Yo sobre la haz de la tierra no hay tontos: los únicos que existen creen, precisamente, que los demás son borricos.

Tal frase la dice un ironista de ojos cincunflejos, tratante en blancas, que se lamenta de que le cierren su casón rodeado de cármenes, grato a la madre Celestina, propicio a don Miguel de Mañara y a otros Mañaras que yo me sé... Decía...; la moneda vale lo q' una hoja seca y la vida va cuesta abajo, aunque los dirigentes no den el brazo a torcer. Dinero hay a manta de Dios. Pero unos lo tienen en abundancia, otros del todo carecen de él. No pocos se sustentan con esperanzas. Como nunca estamos en tiempo de desmesurados contraste, de extraños desniveles. Este achaca el daño a la falta de previsión gubernamental, aquél inculpa a la guerra con su cauda de estragos. El mundo de fijo es a la presente la desorganización organizada. ¿Y de no? Ved los teatros de ópera y zarzuela llenos hasta los topes de espectadores, se paga la entrada con usura, y caído el telón, cuando pasáis las puertas de salida, algunos harapientos tanteando la sombra, os alargan la mano suplicante, y tan ciegos están ellos como los asistentes, que desembolsando su mezquindad, niegan la limosna pedida por amor de Dios. No saben que cuanto a los pobres se da, al cielo se presta.

A pesar de todo, por fortuna la caridad no se cansa.

\* \* \*

¡La gran ciudad! Anchas son sus calzadas y lisas como para patinar en curvas largamente dibujadas. Sus barrios están oxigenados con arboledas macizas de juventud. Estatuas aquí, estatuas más allá en recodos de floresta. Se alzan los símbolos representando la abundancia, el regocijo y el altruismo; se ven

Eros, Psiquis, Endimión, Diana la Cazadora.

Se juega a las carreras, al polo y al golf para el público de buen gusto.

Efectúanse congresos de astrónomos y astrofísicos, de banqueros que estudian los problemas de la posguerra, de pensadores, y admiradores de orquídeas.

¡Ah, los apasionados de las orquídeas! En macetas de barro luce la *coatzontecomaxochitlo*—por otro nombre torito— que cultivaron los emperadores de la América de los teocalis.

Acá hallo una vistosa guarria de Turrialba, flor de color rubio, la Reina por antonomasia de mi país, admirable de fragancia por la noche, rica de matiz con los realces de su diseño. Da de tres a seis flores en cada ramo; se levantan sobre un pseudobulbo fusiforme terminado en el ápice por una hoja sola.

Te conservan, pomposa guarria, en estuche de cristal, reina entre princesas emuladoras. Echo de menos el tronco de árbol en que te ufanas de ordinario, allá en el trópico, bajo ramajes lujosos de hojitas, vencedora de envidiados y envidiosos.

En esta quincena la ciudad ofrece mil divertimientos. Y variados. En cuáles, gustan de asentar sus poderes, arte y belleza; en cuáles, anda el diablo suelto y tal vez su majestad la locura.

La fiesta brava recuerda la madrileña y quizá la supero. Parte plaza un jinete en jaca que es toda látigo en el ir y venir. Toros de magnífica estampa e ímpetu, —en el lenguaje científico y original "*Bos Taurus*"— que no se arredran ante la pica, ni el rehilete ni la espada. Hay en el ruedo ostentación de faroles, verónicas y manoletinas, pases de muleta y estoques de relieve. Algunos lidiadores toorean con estilo —modelo de poder y de pupila— pegados al cuerpo del toro, abrigándole en ocasiones, cosiéndose a él, fundiéndose con él en una sola imagen minotáurica; es un toreo profundo y sen-

sual; y siéntese el calor de la fiera, su jadeo y contacto. La sangre del animal y el diestro se mezclan con la arena y el público heterogéneo puede apurar en la copa de su complacencia, el néctar de su muy fuerte emoción. La Historia testifica que en el siglo XVI, César Borgia mataba toros en la plaza del Vaticano.

Estas faenas taurinas atraen mucha concurrencia a los tendidos, en donde los pañuelos, agitados al viento, son signos de aclamación. Cada torero echa al aire la montera de negros alamares y toma la muleta. Hay quien realiza maravillas con la muleta cerca de las tablas, con reciedumbre, por alto y de pecho, y su toreo parece crispado y trágico. Cuando el diestro con su terno de oros hace el molinete de rodillas, a poca distancia de los pitones, le aplauden hasta no más.

Los rejoneadores a lo Simau Veiga verifican obra de mérito. Los toreros, a menudo dejan en la arena su vida, por exigencias del público no satisfecho, mientras por las mejillas de la tarde ruedan lágrimas. No obstante, de vez en cuando surge la duda respecto de la seriedad de las corridas, puesto que a ciertos toros se les arma con cuerno postizo; a otros se les tiene a dieta durante semanas; y para aminorarles fiereza, el picador sepulta dos palmos de la garrocha en el lomo del bicho en que salta a borbotones la sangre.

En la fiesta brava lo que más me contenta es el momento en que la cuadrilla hace la señal de la cruz, al entrar al redondel, porque es el preámbulo de un acto de bravura, heroicidad y muerte.

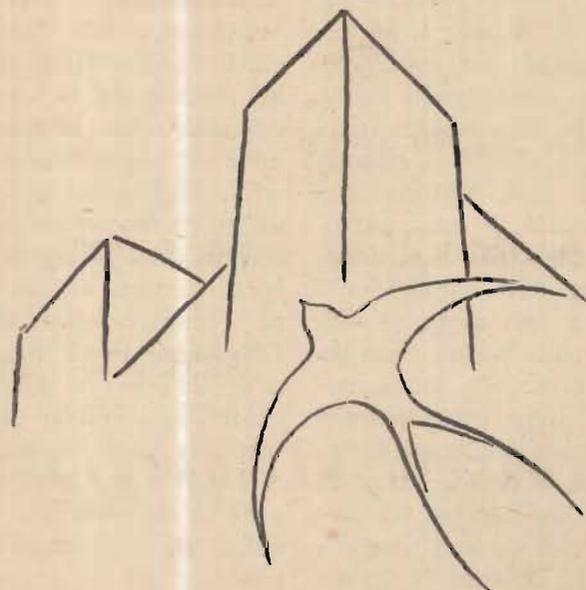
Hay aquí una pasión decidida por las riñas de gallos, dirigidas por rancheros. Y el paseo a caballo es diversión de todas las horas del día, y aún los niños son jinetes que se muestran en público. Otros capitalinos tiran a la pistola y a la barra: o aprenden la esgrima con floretes, guantes, careta y todo.

Por la noche viene la lucha libre. En ésta escasean arte, valor y colorido. Primero, en el pugilato vienen los puñetazos; luego mordiscos y patadas, sobre el cuadrilátero. El cuerpo humano, que es la armonía de la Naturaleza, se convierte en la arcilla más desdeñable del universo.

Y todavía... hay Marathón o resistencia de baile en que compiten danzadores de América y Europa.

¿Más horas recreativas?

Abiertos al visitante, forastero o criollo, están los salones en que perujillas de cuerpo escultural, sonrientes y atolondradas, exhiben su desnudez con desgonces caros al ambiente parisianizado que dio al traste, en fuerza de ajeno y voluptuosidad, con la soñadora Lutecia. Allí solloza la virtud. ¿Por qué anda ahora el Pecado de bracero de la Muerte?



# Los Enigmas de Colón

por Francisco Luis Bernárdez

Aún a riesgo de contrariar seriamente a muchos profesionales de la investigación del pasado, a esos que se empeñan en hacérsela pasar por algo así como una ciencia exacta, o poco menos, he de confesar que me cuento muy gustoso entre quienes creen que bajo el sentido literal de la Historia se esconde también, una especie de sentido místico, y que sólo así resultan inteligibles algunos de los hechos que ella registra: el proceso político-militar de Roma, la restauración imperial de Carlomagno, la expansión marítima de Portugal, la gesta ultramarina de España, la epopeya napoleónica, y, entre los acontecimientos más recientes, el mal sueño nacionalsocialista. Esto significa, como se comprenderá, que milito junto a los que confunden voluntaria y agradablemente esa disciplina con la Poesía, equívoco muy clásico que se mantuvo durante siglos en las plumas mejores y más lúcidas, así como en el verbo de quienes apoyándose en la experiencia adquirida frente a los sucesos transcurridos, supieron averiguar certeramente los que sobrevendrían.

Como quiera que sea, tal posición resulta bastante atendible, sobre todo si se tiene en cuenta, por contraste, la falacia demostrada hasta ahora por concepciones más o menos científicas, cuando no crudamente materialistas de la Historia, de esas, por ejemplo, que explican el acaecer temporal con razones económicas y que tanto se han prestado para burlas como las de Chesterton. De todos modos, los más recalcitrantes han de reconocer lo que Ortega quería significar cuando dijo que los hechos no son sino "la piel de la Historia", con lo cual dejarán la puerta abierta para admitir que ba-

jo esa piel hay unos órganos mucho más importantes que ella, unos órganos que rigen y mueven y condicionan lo que por ella se manifiesta. Yo repetiría, a este respecto, lo de que los acontecimientos constituyen la gramática de la Historia, o, si se prefiere, palabras que por sí mismas no son nada, pero que enhebradas en la frase a que pertenecen alcanzan la plenitud de su sentido interior.

Algo así debió de pensar León Bloy al encarar figuras como la de Bonaparte y la de Colón. En lo que concierne a esta última conviene repasar las páginas de "Le revelateur du globe", libro en el que la personalidad del descubridor de América se nos presenta iluminada con una luz nueva y sorprendente. Atento a los signos, el "mendiant ingrat" repara antes que en ninguna otra cosa en el gran misterio del nombre y apellido del insigne navegante, para hacer notar lo que hay de significativo en el hecho de que se llamara Cristóforo, o portador de Cristo, quien llevó al Nuevo Mundo la verdad evangélica, y que a ese Cristóforo se le uniera un Columbus en el que parecía ocultarse una alusión a la paloma, o "columba", del Santo Paráclito. Para el creyente, todos los móviles de la sensacional empresa son insignificantes ante el representado por la circunstancia de que, con la aventura colombina, se ganaron millones de lamas para la fe de Cristo. Habida cuenta de lo cual resulta lógico que Bloy diera tanta importancia a un detalle que para un incrédulo no pasaría de constituir una pura casualidad.

Pero, ya que hemos venido a parar en personaje tan singular, reconozcamos que sus enigmas no se circunscriben únicamente a los supradichos.

Todo Colón es un insondable misterio, al que sólo con ánimo poético puede uno acercarse fructuosamente. Cualquiera otro modo de aproximación fracasará del modo que hemos visto a lo largo de tantos años, dejando al "revelador del globo" envuelto en el denso halo de un secreto impenetrable para cuantos lo afronten persuadidos por la mezquina idea de que las acciones humanas obedecen ineludiblemente a razones de orden meramente natural, sean ellas de estómago o (como quieren ciertos pansexualistas de cuño freudiano) de algo todavía más bajo y deleznable. Imbuído de este espíritu de reverencia ante el consubstancial misterio colombino, Rafael Pineda Yáñez (periodista español cuyo largo arraigo en Buenos Aires le da patente casi natural de argentino) acaba de escribir un libro que en su materia me parece sencillamente excepcional. Me refiero a "La isla y Colón", obra donde la cuestión simbólica ha sido considerada como primordial en esto de elucidar los esotéricos signos del descubrimiento y del descubridor de un mundo.

Parte Pineda Yáñez de un mito que durante luengas edades acarició halagadoramente la mente de los hombres: el de la isla. Para historiar lo que él fue como ideal de nuestra especie habría que recorrer muchos siglos e infinitas páginas, algunos realmente memorables. Habría que remontarse a los orígenes de la Historia, y allí donde ella apenas se diferencia de la leyenda, recordar, pongo por caso, que hubo Islas Afortunadas, que hoy identificamos con las Canarias, pero que para los antiguos constituían algo más que accidentes geográficos implacablemente localizables, porque ha-

bían sido engendradas en convivencia con la ilusión o con el ensueño, como todas las otras islas del deseo, llamaránse ellas Bienaventuradas, en cuyo suelo estaba situado el Avalon de la maravillosa fábula artúrica, o de Amores, nombre de la que Camoens puso como premio a las criaturas de su gran poema en el camino por donde éstas regresaban a Lisboa después de haber realizado hazañas sin cuento. Para Pineda Yáñez, el señuelo de la isla también obró sobre el ánimo de Colón. Y no como cosa vaga y de sueño, sino como entidad real y concreta, útil para ser habitada por hombres.

El autor de "La isla y Colón" es de los que creen que éste pertenecía a la raza perseguida. Si así fue, nada tendría de raro que el ínclito navegante aspirara a encontrar para las gentes de su estirpe un lugar lejano y a cubierto de los enconos que la afligían. En este sentido, el sitio ideal tenía que ser una isla. No sé qué habrá de cierto en la conjetura. Lo que sí sé es que resulta halagüeño pensar que nuestra América (tradicionalmente hospitalaria para con los desvalidos de la tierra) fue soñada y deseada como lugar de refugio bienhechor mucho antes de que ella hubiera sido descubierta. En este caso, poco importaría quién patrocinaba y por qué era patrocinada la aventura en cuestión. Lo verdaderamente importante era que el Nuevo Mundo, constituido por la Isla largamente suspirada, fuera buscada para escapar a la injusticia y a la crueldad del Continente Viejo. América como amparo, no de una raza sino de todas las razas proscritas, existía (cuando todavía no tenía ser histórico-político) en la inteligencia de un hombre cuya voluntad no tardaría en vencer a la incompreensión para darla a luz y ofrecerla a la Humanidad.



# Los Pasos de la Vecina

(DIARIO DE UN PATIO DE VECINDAD)

por Arturo Echeverría Loría

Desde mi ventana veo las azoteas de México. Hay vida propia en ellas. Cuartos de estudiantes, de hombres y mujeres complicados en su pobreza. Hoy escribo sobre ellas. Nada que no tengan un signo de rebeldía tiene forma de expresión y sólo lo que se piensa en la angustia sale al aire en las palabras y se asoma a los ojos.

## LAS AZOTEAS

Aquí tienes estos ojos de sepulcro y estas manos vacías como una flor o un pino que se agita. Ya de nada sirven los huesos ni el cuerno sin sonido del pastor que murió bajo el sol y el verde cuerpo de la montaña. Ahora la destrucción, la sal, el cemento y el hierro y las varillas corrugadas tienen alma. Las azoteas también tienen alma y ojos y manos y cuerpos que se duermen al amanecer, cuando todo va lentamente despertando. El viento, ese señor que viste de cuerpos a la ropa tendida golpeando en la sangre de las camisas hasta hacerlas bailar de alegría, azotándoles los miembros, tiende las manos también vacías en grotescos gestos de imploración. Solo el viento y las azoteas saben lo que sucede, porque sucede algo tan misterioso, que las campanas y los zapatos viejos llegan a llamarse hermanos y las sirvientas a conocer las sombras y a oír los pasos de los fantasmas que acuden sobre los tejados a perseguir la lluvia, a robar una nube dormida o a tocarles los senos a las doncellas mientras sueñan.

La caja abandonada, los libros, los periódicos, hasta el tanque del agua tiene algo que decirse y guiñen sus ojos de sonido al oír el reloj y la cam-

pana. Las voces adquieren una estructura viva, profunda como un pozo, estructura de huesos que han sostenido un cuerpo en una sucesión de años y de polvo y de iras que se pierden entre los años, el polvo y la ira de todos los hombres que despierta la luna y de todas las mujeres que se acuestan en los hoteles y en las celdas de los conventos o de las cárceles.

A la puesta del sol, todas las azoteas son playa. Esto lo comprendo porque me lo dicta el mar en la nube, en el disco de fuego y en la pesadez del sueño que da la muerte del día.

Cuando pasa el tranvía y cae pesadamente una hoja de sonido de una bocina de automóvil, cruje la ciudad como una rosa herida o un cristal que se quiebra entre el miedo. No se si el pensamiento tiene forma de mujer prostituida o de comerciante frente a los géneros de su establecimiento. No se puede pensar en flores, hay que hacerlo en números y signos. Se han robado el fuego los gigantes y las sombras de las azoteas y la ciudad vuelven a dormir tranquilas en medio de millones de ojos y de sexos decididos a procrear. Lo mejor es cerrar la puerta, cerrar el alma, construirse una soledad sin ternura ni término, definitivamente olvidar la luz, la estrella, la nube, el mar del paisaje, lanzar el ancla desde los ojos a las sombras de los muertos; cerrar la puerta con la sal y el llanto de las iglesias y de las casas de prostitución.

Mientras tanto, un gran árbol cubre el paisaje y las azoteas blasfeman como mujeres llenas de cólera, o juegan co-

mo niños entre el aire y el silencio.

\*\*\*

Y la poesía? Casi siempre encuentro en mí mismo el motivo para escribir. El recuerdo es fuente inagotable de creación. Cuando dejo que se manifieste la angustia en forma poética, es porque he vivido y ya es recuerdo la materia sobre la que trabaja mi imaginación. Puede ser que estas pequeñas notas sean solo eso. Un recuerdo que estoy viviendo plenamente en este instante, con todas sus transformaciones operándose ante mis ojos indagadores de la emoción manifiesta en la caída de la tarde, en la calle, en las gentes que a mi alrededor sufren y trabajan. Estoy solo pensando en mí y pienso en todos los demás. Mi angustia es tanto mía como de todos aquellos que en su esfuerzo por vivir plenamente, se queman en la vida, en los trabajos y los días que pasan con ilusiones o sin ellas. Todo es deleznable. Pero de todas las cosas vanas, solamente la belleza y la creación y la angustia que ésta produce deja huella en el hombre. Nada puede apartarme de la creación. No se puede quitar la sed con el vino que no prueban los labios. Hay que dejarse llevar de todas las pequeñas y de todas las grandes cosas. Todo suceso es fuente de angustia y cada palabra que se pronuncia o se escribe va hacia el recuerdo y el poema. Hoy he dejado sobre mi mesa un poema a medio escribir. Me entró la duda de que lo que estaba diciendo eran solo palabras que dejarían de tener significado cuando la emoción pasara. En la calle, junto a todas las personas que pasan y siguen su camino sin

saber de mi vida, ni yo de la de ellas, voy aprendiendo las pequeñas cosas que da la soledad al que se prepara a recibirla. En ella está todo el contenido de la poesía. Y la poesía hay que abandonarla como el poema dejado por mí sobre la mesa. Cuando madure el dolor y la angustia, se hará sola. No es lo que los románticos llama inspiración. La inspiración no existe ni hay que aguardar que llegue para crear. Se crea en la vida y en la soledad, en la angustia de todos los días. Por eso, hoy, en mi pequeño cuarto, junto al ruido de la calle, he empezado a escribir estas cosas porque sé, y estoy convencido de ello, que en la vida la poesía es el propio existir, que se manifiesta viendo una nube que pasa, oyendo una voz desconocida, amando a mujer que se entrega, cerrando los ojos y volviéndolos hacia dentro, hacia la carne sin límites a las sensaciones y al dolor.

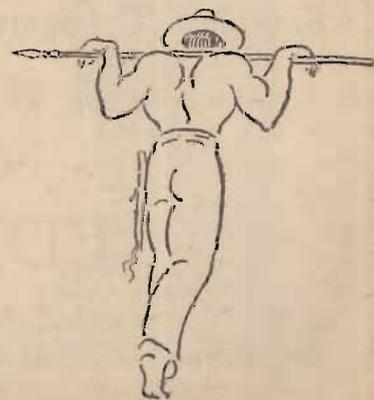
\*\*\*

## LOS MERCADOS

Aquella mañana luminosa, el mercado, en la sorpresa del día, semejaba un disfraz de carnaval. Al fondo la transparencia azul del cielo.

El mercado es un paisaje de colores, una paleta de pintor llena de tonalidades diversas. Un emporio de ruidos y olores, una mezcla sutil de bellas frutas, de telas vistosas y de vendedores ídolos.

El zarape tiene todas las tonalidades que se encuentran en el valle de Anhuac y los indios vendedores, la soledad y la quietud del cactus en la estepa rojiza. El mercado en México es una síntesis de su extraño paisaje. Aun entre el bullicio y el grito del ven-



dedor, se adivina la desolación del valle.

El mercado en sí es una fiesta que tiene el principio de todas las cosas ingenuas y tristes, la mañana; y el fin que tiene todo el colorido del día, la frialdad de los muros abandonados y la de los puestos de venta cerrados y fantasmas.

El mercado es un reberbero de risas y de gritos: Aquí las naranjas de Córdoba como si tuvieran el sol dentro de su piel rojiza. Un zarape "patroncito"? Y como un dios que se hubiese robado el arco-iris un indio de cara ausente extiende todos los colores frente a los ojos que guardan el asombro del zarape en la retina.

En un recodo de la calle todo mercado, el anafre caliente las tortillas recién desprendidas de la palma de la mano. Es así como el mercado, viejo alquimista, mezcla todos los olores, todos esos peculiares olores y forma uno inconfundible, un olor propio.

Los vendedores en los puestos parecen estatuas ausentes, sin pensamiento y sin acción.

Lejanos hasta la inmovilidad, éstos parecen despertar al paso de un sueño de siglos que tuvo su principio en los templos y las pirámides a donde se ofrendaban en holocausto al sol y a las divinidades, corazones de vírgenes, y sangre de cautivos.

Para encontrar el alma de los colores. Para llegarse a ellos y arrancarles su secreto, hay q' perderse en el laberinto del mercado, pasar junto a los vendedores ausentes, envolverse entre el bullicio y los olores, dejar que el viento hiera los oídos con el grito pregón, dejar que los ojos salten de las frutas a los zarapes y de ellos a los ídolos indígenas inmovibles.

El alma popular es la alegría del color. La tristeza popular es la tristeza del color. El mercado es el alma del pueblo hecha color y es el paisaje con tono de angustia y de soledad y de cactus irizados de espinas y de casas y de hombres ausentes en la transparencia de un cielo que hace esculturas de las casas y de las cosas.

## LA POESIA ETERNA

A JUAN RAMON JIMENEZ

¿Tienes, joven amigo, ceñida la coraza para empezar, valiente, la divina pelea?  
¿Has visto si resiste el metal de tu idea la furia del mandoble y el peso de la maza?

¿Te sientes con la sangre de la celeste raza que vida con los números pitagóricos crea?  
¿Y, como el fuerte Herakles al león de Nemea, a los sangrientos tigres del mal darías caza?

¿Te entenece el azul de una noche tranquila?  
¿Escuchas pensativo el sonar de la esquila cuando el Angelus dice el alma de la tarde?

¿Tu corazón las voces ocultas interpreta?  
Sigue, entonces, tu rumbo de amor. Eres poeta.  
La belleza te cubra de luz y Dios te guarde.

RUBEN DARIO.

# MIGUEL MACAYA & Cía.

## MAQUINARIA AGRICOLA E INDUSTRIAL, LTD.

### Maquinaria para la Agricultura y la Industria

Maquinaria Agrícola en una línea completa.

Tractores "International" (de Ruedas y de Oruga).

Motores Diesel "Petter".

Equipo para construcción de carreteras.

Compresores de aire "Worthington"

Equipo de Refrigeración.

Soldadoras Eléctricas y Autógenas "Marquette".

Bombas para agua "Worthington".  
Equipos para Fumigación de café y árboles "Myers".

Aplanadoras y Motoniveladoras "Galion".

Palas Mecánicas "Link-Belt".

Quebradores de Piedra "Universal"

SURTIDO DE REPUESTOS

TALLER DE SERVICIO

CONSULTE NUESTROS PLANES DE FINANCIACION

## EDIFICIO INTERNATIONAL

50 VARAS NORTE HOTEL EUROPA

Teléfonos: 5830-5831

Apartado: Letra "A"

# ¿Qué es el espíritu?

por Proteo

Releyendo papeles —y consignemos de una vez que es más grato releer que leer— nos encontramos una revista científica inglesa, en la cual está publicada una conferencia dictada en la Universidad de Cambridge por sir Russel Brain, uno de los más grandes especialistas británicos en enfermedades del sistema nervioso. Lo invitaron a disertar sobre el espíritu, porque, según los promotores de la conferencia, la definición de que el espíritu es "ausencia de materia", ya no satisface a la ciencia médica. Los científicos espiritualistas se empeñan, hoy más que nunca, en poner claras las relaciones entre el espíritu y el cerebro.

Desde el principio de su preciosa conferencia, sir Russel Brain —y *brain* en inglés quiere decir cerebro— fija posiciones para llegar a una definición: "Hablo del espíritu francamente, sin rubor alguno, pues no soy de esos filósofos que se ganan la vida ponderando la inexistencia de su propia alma... Presumo que todos comprenderán que pensar, recordar, imaginar, querer, sentir emociones y experimentar sensaciones, todo eso pertenece al tipo de actividades espirituales que denominamos mentales". Y, aunque rehuye la definición precisa del espíritu, no vacila en afirmar que se trata de algo más que simple materia gris: "Aunque está ligado por el cerebro al mundo material, se mueve en una esfera propia, como si pudiera remontarse sobre lo físico".

Recordar... Hace ya un haz de siglos que Sócrates lo dijo en sus palabras de despedida, cuando lo rodeaba el coro de sus discípulos antes de apurar la cicuta: "Aprender es recordar". El amravilloso Diálogo de Platón vuelve a cobrar vigencia en las palabras de sir Russel Brain. Hay muchas cosas que sabemos, pero que estaban como adormecidas en la penumbra del alma inmor-

tal; y así aprendemos recordando, porque las experiencias anteriores del espíritu eterno que nos anima, afloran a la inteligencia y se van coordinando en el tiempo a medida que la vida discurre. Son los desesperados, mejor dicho, los que no esperan nada, ciegos frente al prodigio del ser, los que niegan la fuerza espiritual. Esos no aprenden, porque no pueden recordar.

"Durante un siglo—dice sir Russel—los científicos han estudiado la manera cómo las enfermedades del cerebro afectan la mente, y algunas de sus conclusiones son sorprendentes. Se ha comprobado q

el espíritu actúa como algo homogéneo y que cualquier afección cerebral determina simplemente una menor eficiencia de aquél. Como el cerebro, el espíritu es de estructura eminentemente compleja, y poco o poco hemos llegado a descubrir las relaciones entre ambas estructuras. En tanto que el cerebro está, en términos generales, dividido para diversos tipos de trabajo —intelectual, emocional— no existe división notoria de los procesos cerebrales que acompañan la actividad mental consciente o inconsciente. Por lo tanto, el espíritu no puede ser confundido con la

conciencia".

El eminente neurólogo rehusa su adhesión a las explicaciones físicas y psicológicas de los estados mentales; pero ataca a los freudianos extremistas en este pasaje de su conferencia: "Todos recordamos el final conmovedor de *Peer Gynt*, cuando Peer encuentra a Solveig y comprueba que es esposa y madre. Si al caer el telón, el psicoanalista del asiento vecino nos dice al oído: "Complejo de Edipo", se comprende mejor el drama y se le toma mayor gusto. La medicina puede ser científica y, por consiguiente, analítica; pero, ante todo, tiene que ser un arte; y el arte de la medicina no debe perder nunca de vista el hecho de que el hombre es algo más que la suma total de sus partes".

En Inglaterra, sir Russel Brain es conocido por el simpático sobrenombre de "el buzo del espíritu". Sería el mismo que nosotros daríamos a Sócrates.

*Ver pasar la vida ...*

Eso podrá ser cómodo pero...

SERÁ LO MÁS CONVENIENTE

**N**ADA hay más incierta que el porvenir. Todo lo que hagamos por asegurar el bienestar del futuro es conveniente.

Por eso no basta con ver pasar la vida. Debemos tomar un SEGURO de VIDA que es la forma más conveniente de asegurar el futuro bienestar de la familia y el de nosotros mismos.

Llame a un Agente Solicitador del Instituto Nacional de Seguros y él sabrá indicarle cuál seguro le conviene a usted tomar.



**Instituto Nacional de Seguros**

# Las Semillas de Nuestro Rey Leyendas de los aborígenes de Costa Rica

Las narra para los niños

CARLOS LUIS SAENZ E.

## SIBU SURA DERROTA A JABURU Y TERMINA LA CREACION DE LOS INDIOS

No podía el buen Sibú terminar la creación de los indios porque Jaburu, el Espíritu del Mal, se lo impedía a fuerza de engaños. Los seres informes que Sibú no había logrado acabar, y que representaban a los antecesores de los indios Bribis, yacían amontonados en un cerro de piedra en las riberas del río Djiri.

Una vez Sibú se acordó de las Semillas de Nuestro Rey que tenía escondidas en un lugar secreto; allí permanecían sin provecho para nadie porque estaban encerradas en la cáscara de sus duros frutos. Jaburu el Maligno, que con todo su séquito de demonios había establecido su morada en las riberas del río Arari, deseoso de saborear el chocolate caliente, andaba buscando por todas partes las Semillas de Nuestro Rey, pero no lograba encontrarlas.

Sabiendo este ardiente deseo de Jaburu, Sibú decidió tomar la apariencia del Buen Surá y se marchó en busca de su enemigo, del que no lo dejaba terminar la creación de los indios. Sibú Surá escogió dos mazorcas de cacao: una dura y verde y otra a punto de romperse; con ellas en las manos se fue a hablar con Jaburu. Sibú se sentó en medio de los indios todavía informes y allí llamó a Jaburu, a Bi, el Espíritu del Mal, quien se le presentó lleno de malas intenciones. Sibú le propuso una apuesta y ambos convinieron en realizar un juego.

Sibú Surá le dijo a Jaburu: "Voy a tirarte una de estas

mazorcas de cacao por encima de la corriente del Arari y tú me tirarás a mí la otra en el mismo momento: el que luego pueda mostrar la mazorca entera, convidará al vencedor a una gran fiesta de chicha y cacao".

Y como Sibú no quería perder otra vez las Semillas de Nuestro Rey, como no deseaba que el Maligno Jaburu se adueñara de ellas, escogió para sí la mazorca de cacao madura y al Maligno le dió la mazorca verde.

Jaburu se fue a colocar a la otra orilla del Arari, en la boca del Djiri; en tanto Sibú Surá permaneció en el mismo lugar en donde estaba, en Torok-hu, en el cerro de piedras en donde yacía su creación sin terminar.

Sibú Surá dió la señal para empezar el juego y un momento después la mazorca de cacao verde y la mazorca de cacao madura se cruzaron en el aire por encima de las aguas del río Arari.

La mazorca verde llegó entera a las manos de Sibú Surá; la otra se abrió al llegar a las manos de Jaburu, dejando escapar las Semillas de Nuestro Rey. De este modo el Maligno perdió el juego y la apuesta. Esto pasó al anoecer.

Muy a su pesar Jaburu con todo su séquito pasó al campo de Sibú Surá, en Torok-hu, a pagar su deuda de juego, ofreciendo a su vencedor la

fiesta de chicha y de chocolate.

Jaburu ordenó a sus mujeres que hicieran la bebida de chocolate y al mono Bi-krá, el servidor, le mandó ocuparse de servirlo caliente. Caminando por el campo de un lado para otro, apurando los preparativos de la fiesta, Jaburu tropezó con la olla que estaba encima del fuego y regó todo el chocolate caliente. Este fue el origen de la fuente de aguacaliente que desde entonces mana cerca de Torok-hu.

Por fin comenzó la fiesta de chicha: Jaburu y los suyos bebieron y bebieron hasta emborracharse.

Como nuestros primeros padres estaban allí en los bancos de piedra, en esos bancos que aún podemos ver a la orilla del Arari y como estaban por terminar, Sibú Surá aprovechó la ocasión y acabó de hacerlos hombres.

Mientras permanecían sentados en los bancos de piedra los nuevos hombres vieron pasar los pecaríes; todos se fueron tras ellos y, siguiéndolos, descubrieron el camino que atraviesa la Cordillera pasando por su cima. Llegaron al otro lado de la Cordillera y allí se encontraron con que los pecaríes se habían convertido en hombres en todo iguales a ellos.

Y este es el origen del pueblo BRURAN.

**El Arari o Lari es uno de los ríos más grandes de Talamanca. El Djiri es uno de sus tributarios.**

**El Torok-hu o La Casa del Lagarto es un lugar opuesto a su desembocadura cuyos farallones tienen forma de bancos o estrados.**

**Bruran es el nombre indio de Terraba, la colonia de Tirub en el valle del río Diquís.**

## EL PRIMER CHOCOLATE

### Y LA PRIMERA JICARA

Gemelos fueron los dos árboles útiles: el que da el fruto del cacao y el que ofrece las jícaras redondas en que se sirve el chocolate.

¿Sabéis que ambos árboles fueron plantados por primera vez sobre la tumba de Surá por la misma mano del asesino Jaburu? Como no sabéis nada de esto, voy a contároslo.

Surá, el Dios Bueno, había salido a ver su milpa. Aprovechando su ausencia, el Malo, Jaburu entró a su palenque y se comió las Semillas de Nuestro Rey que el Todopoderoso Sibú le había dado a guardar.

Cuando Surá volvió al palenque Jaburu lo mató y enterró el cuerpo en un hueco detrás del mismo palenque. Sobre la tumba plantó un árbol de cacao y otro de jicara.

Entonces Sibú, el Todopoderoso, decidió acabar con Jaburu, el Malo. Fue a buscarlo a su casa y le habló así:

—Oh, tú, mi tío, convídame a tomar un poco de chocolate.

No tengo chocolate, le contestó Jaburu.

—No mientas tan descaradamente; he visto los frutos de cacao colgando del árbol que está detrás de tu casa. Los he visto ahora cuando venía.

—Está bien, contestó Jaburu y dando una orden a sus mujeres les dijo: "Id y traedme cacao y además una jicara nueva". Enseguida volvió a hablar a sus mujeres diciéndoles: "Tostadnos la primera cosecha de Surá y hacednos con ella la primera bebida".

Las obedientes mujeres tostaron y prepararon el cacao; también limpiaron el interior de la jicara nueva para servir el chocolate.

Y fue entonces cuando el Todopoderoso Sibú quiso, y todo cuanto El quería se realizaba al momento, esto que dijo: "Que la primera jicara sea para mí". Y como así sucedió, una vez con la jicara llena de chocolate en las manos se dirigió a Jaburu y le dijo: "Tío, te ofrezco esta primera jicara de chocolate. Bebe, bebe, tío".

Jaburu que no deseaba otra cosa sino beber de prime-

# Danza de la buena lluvia

por Antonio Mediz Bolio

El Señor de la lluvia está enojado, y el sol raja las piedras y los pobres árboles se secan y crujen, como si ya estuvieran ardiendo.

Hay que ir a las milpas dobladas de calor y hay que bailar y hacer fiesta para llamar a las nubes.

Hay que contentar la voluntad del Señor de la lluvia que está enojado con nosotros.

Vamos allá, con los cántaros llenos de bebida y con las ollas en que echan humo los guisados. Vamos con música y con canciones a divertir al viento para que se alegre y nos ayude.

En medio de la milpa se ponen tres piedras y allí se enciende el fuego de leña verde, y se hace el baile alrededor.

Hagamos ruido con gritos y con sonajas, para que vengan las nubes. ¡Ay, el cielo está blanco y encendido y el polvo quema como chispas de lumbre! El maíz nuevo se va a morir si el agua grande no llega pronto.

Hay que hacer el conjuro y decir las palabras que tienen poder. El que las sabe y las dice en voz baja, que venga y las diga.

La sementera se está muriendo por el enojo del humil-

chaac, el señor de la lluvia buena.

¿Quién es el que ha hecho cosa prohibida contra el respeto del agua?

¿Quién fue el que ofendió al viento del Oriente, que es el suspiro suave del sol? El que haya sido, que venga aquí y que haga una ofrenda que tenga gracia para pagar su culpa.

Nosotros, mientras, vamos a colgar flores rociadas con agua fría en la enramada seca, para que se anime. Luego vamos a hacer la fiesta y a beber, y vamos a cantar bailando.

¡Venga la lluvia, la buena lluvia, que llega con sombra fresca y con viento grueso y oloroso!

¡Venga la lluvia, la buena lluvia grande, que se derrama del cántaro de arriba y que hace cantar a los pájaros y hace salir a los conejos de sus cuevas, y saltar a los escarabajos de la tierra, que se pone contenta y bebe el agua como una boca que se ríe bebiendo!

¡Venga la lluvia, que baile el viento, que vuelen las hojas en el remolino! ¡Dulce es el olor del agua que se acerca y que hace abrirse el pecho, respirando de gusto hondo!

¡Pobre del maíz tierno que

se tuesta en el horno de la tierra abrasada, antes de ser pan blanco y maduro!

¡Venga la lluvia, la buena lluvia, para eso cantamos y bailamos y hacemos fiesta en medio del maíz! Si está enojado el Señor del Agua, lo a-

legraremos y vendrá con nosotros.

Bailar y bailar y hacer música alborotada es para que nos oiga y su cara se ponga tranquila, y, levante la mano para soltar la lluvia que está amarrada delante de él.

La sementera tiene sed y el corazón está sediento. ¡Darnos el agua, sin rayos ni huracán, Señor de la buena lluvia!

El agua es la buena madre para todo lo que vive, porque todo lo que vive en la tierra tiene sed.

(De La Tierra del Faisán y del Venado).

**Tome**  
**Orange-Crush**  
MARCA REGISTRADA  
**¡Qué Sabor!**

**INSISTA EN ESTA BOTELLA CARACTERISTICA**

**CRUSHITO**

**Orange-Crush**  
Marca Registrada

ro el chocolate, de un solo trago dejó vacía la jicara. Bebió con tanto placer que la garganta le sonaba así: tshaa, tshaa.

Entonces Jaburu proclamó su victoria con estas palabras:

“Tío, he bebido el primer vigor de la cosecha de Surá”. Pero no acababa de decir estas palabras cuando empezó a hincharse y a hincharse y al fin, reventó.

Sibú el Todopoderoso, reco-

gió de nuevo las Semillas de Nuestro Rey que estaban en el cuerpo de Jaburu el Malo y tuvo un nuevo deseo: “Que se levante Surá”. Y como sus deseos siempre se cumplían, el buen Surá cobró ser ante

su presencia. Sibú le volvió a dar la canasta con las preciosas Semillas de Nuestro Rey para que la guardase y se alejó de la casa del Malo, de la casa de Jaburu.

(Libro editado por la “Editorial Las Américas”)

## Brújula Quieta

**Rafael Cardona** estuvo dos semanas con nosotros. Dos semanas vividas gota a gota, escuchando su noble y brillante palabra, dentro de un deslumbramiento que sólo él sabe producir. Es, sin duda, el más grande poeta que tiene todo el istmo centroamericano. Además, es escritor magnífico, brillante conferencista y conversador amenísimo. Briosos como un potro llanero, sus sesenticinco años parecen veinte. ¿Es un griego, un egipcio, un hindú? De cada uno tiene bastante, pero su real estirpe es helénica, de los buenos tiempos de Píndaro.

Cardona se fue de Costa Rica hace ya treinta y tantos años. Pero siempre que ha podido venir a darse una vuelta por el suelo patrio, lo ha hecho encantado. Nuestro medio era muy estrecho para sus vuelos y hubo de sentar sus reales en México, en donde, desde un principio, impuso su personalidad artística. Como poeta, como escritor de gran mérito, como editorialista de grandes diarios mexicanos, como conferencista. No hay tecla del clave de la idea que él no sepa tocar con mano maestra.

Mucho se rió al saber que un escritor de nota, amigo nuestro, lo llama "teósofo y espiritista" en un libro último. Fácil equivocación, porque Cardona es muy dado a los estudios yoguis que, los no sabidos, confunden con la teosofía y el espiritismo. Las disciplinas espirituales de Cardona han ido haciéndose cada día más recias al calor de esos estudios y de las meditaciones que ellos imponen. Es

un verdadero placer del alma escuchar su palabra cuando habla de tales temas, profundos y azulés como el firmamento.

Hace ya muchos, muchos años que nosotros tenemos la dicha de ser amigos de Cardona, y de quererlo entrañablemente. Y siempre que viene a Costa Rica lo buscamos y lo encontramos, siempre erigido, siempre brioso y siempre lleno de cariño juvenil. Poseído de una sólida cultura espiritual, los golpes que la vida le asesta más bien endulzan su sonrisa franca y fraternal.

Antes de partir nos ofreció enviar su último poema, **Partenón**, compuesto de catorce sonetos que, sin duda y por ser suyos, deben haberle quedado partenónicos. Ya tendremos el honor de adornar estas páginas con la emoción de eternidad de la poesía cardoniana. Mientras tanto, ¡hasta la vista, querido compañero!

**Don Manuel Andújar**, alto empleado viajero de Fondo de **Cultura Económica**, pasó por Costa Rica, estuvo aquí un día y una noche y tuvimos el gusto de conocerlo. Interesantísima persona la suya y, lógicamente, también lo es su charla. Habla de libros, de ediciones de diversos tipos, con la maestría y la gracia de quien conoce a fondo el sabroso oficio. Para despedirse nos regaló **El extrañado**, obrita poética preciosa de **Juan José**

**Domenchina**, poeta español q' vive su destierro en México.

Contiene este lindo librito veinticinco sonetos pulcros, sin tacha. Un poeta de corte clásico como Domenchina, muestra todos sus excelsos dones en este precioso sonetario. En el introito se hace esta muy interesante pregunta: "¿Para quién escribe el poeta?" Y se contesta: "Es posible que Dios —si las voces de aquél son de verdad— le oiga. Y le conteste. He ahí

la única vida del poeta: el diálogo con Dios".

No está de acuerdo Domenchina con la poesía social de hoy en día que, "aun sin el insufrible y retumbante énfasis propio de Quintana, aburre con un no sé qué... **quintanudo**, de arenga castrense, cuando no se empecina, y esto es peor, en el verbo programático y civil de Núñez de Arce".

Gracias sean dadas al amigo viajero por este sonetario, y por el grato recuerdo de su noble presencia.

\*\*\*

**El Teatro Las Máscaras** (En la Casa del Periodista) volverá muy pronto a entrar en plena actividad. Prepara **MAREA BAJA**, una comedia de autor inglés, Peter Blackmore, comedia picante y muy graciosa que dirigirá **Lucio Ranucci** con un grupo de artistas de experiencia, que bajo su dirección, actuarán con



*Calidad Superior...*

desde hace muchos años le brinda a usted

**IMPERIAL**

LA MEJOR CERVEZA QUE SE FABRICA EN COSTA RICA!

brillantez. Esperamos que esta nueva salida de LAS MAS-CARAS obtenga el éxito que merece un esfuerzo cultural de esa naturaleza. Ranucci desde hace muchos años pone su experiencia e inteligencia al servicio del arte, lo que lo hace merecedor al respeto de todas aquellas personas que saben lo que eso significa.

\* \* \*

**La Orquesta Sinfónica Nacional** sigue obteniendo grandes éxitos en su Temporada de Invierno. Bajo diferentes directores, este conjunto está dando conciertos de música moderna, como el último que dirigió el maestro Carlos Enrique Vargas, quien además de ser un magnífico compositor, es también un director que sorprende por sus

cualidades, creciéndose la orquesta ante su batuta. Felicitamos sinceramente a todos los componentes de la Sinfónica.

**Semana Cultural del Libro.** La Escuela República de Chile ha celebrado con gran éxito la semana cultural del libro, que vino a despertar entre los concurrentes el cariño al libro, a la lectura. Los propósitos fundamentales de esta exposición fueron: mejorar el lenguaje, despertar interés por la buena lectura, aumentar el número de volúmenes de la biblioteca escolar. Ojalá que estas exposiciones del libro se hagan en otras escuelas y en todo el país, pues ellas son un vehículo de cultura inmejorable. Felicitamos a los maestros y a la directora, doña Eida de Carboni.

\* \* \*

**Como todo, se quedó en el papel.** Muchas reuniones y proyectos, cuestionarios bien impresos, el nombre escogido: Editorial Costa Rica, pero de ahí no se pasó. Sería bueno revivir esas ansias de todos los intelectuales del país, que quieren, con la ayuda del Estado, fundar una Editorial. Bien la necesitamos. Es nuestro país, de nombre, el más culto, el de más maestros, el de más grande porcentaje de hombres, mujeres y niños que saben leer y escribir a medias, pues se pierde la labor de la escuela, que no se complementa con otras actividades de cultura. Aquí publicar un libro significa el más grande sacrificio económico; la distribución del mismo es también otro sacrificio, pues el libro nacional es visto con indiferencia casi siempre, haciéndose un problema la venta de los ejemplares. Una editorial bien estructurada, con sus departamentos de distri-

bución, etc. etc., vendría a llenar en nuestro medio una necesidad de cultura. ¿Por qué no volver a revivir ese proyecto? ¿Por qué no convertir en una realidad... lo que se quedó en el papel?

\* \* \*

**Murió Mario Briceño Iragorri.** Ante este rudo golpe que para Venezuela significa su ausencia, no podemos menos que recordar una circunstancia real: la de que el asesino que truncó su vida es justamente odioso tirano que pasea su desvergüenza por el mundo.

La brutal persecución, el exilio acompañado por amenazas de atentado, el irrespeto a su digna personalidad, minaron la vida de este extraordinario venezolano. La naciente democracia ya no cuenta en su puesto de lucha con Mario Briceño Iragorri.

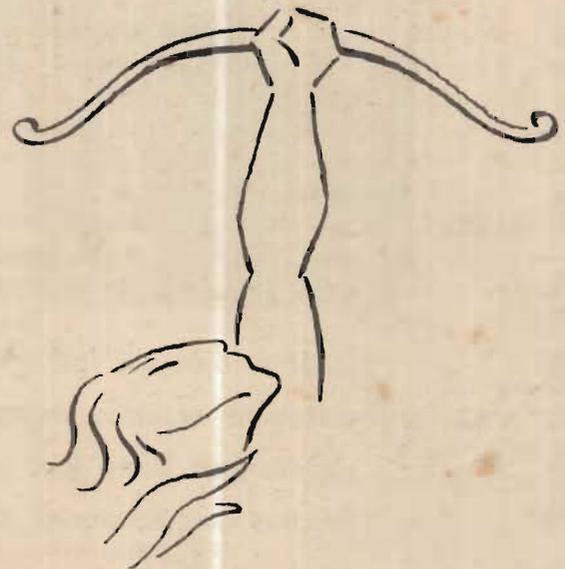
**EL PUEBLO DE COSTA RICA**  
*ha usado y sigue usando*



**Zepol**

Contra Resfríos,  
Catarros,  
Influenza y Gripe

*Exija el legítimo ZEPOL  
de acción prolongada.  
¡No se disipa!*



# Este es Roberto Ortega Zúñiga...



...Uno más de los 3400 alumnos que estudian este mes en las cincuenta escuelas mantenidas por la Cía. Bananera en las zonas costeñas de Costa Rica... un sistema escolar que es una de las muchas contribuciones al bienestar social del país.

**Cía. Bananera de Costa Rica**